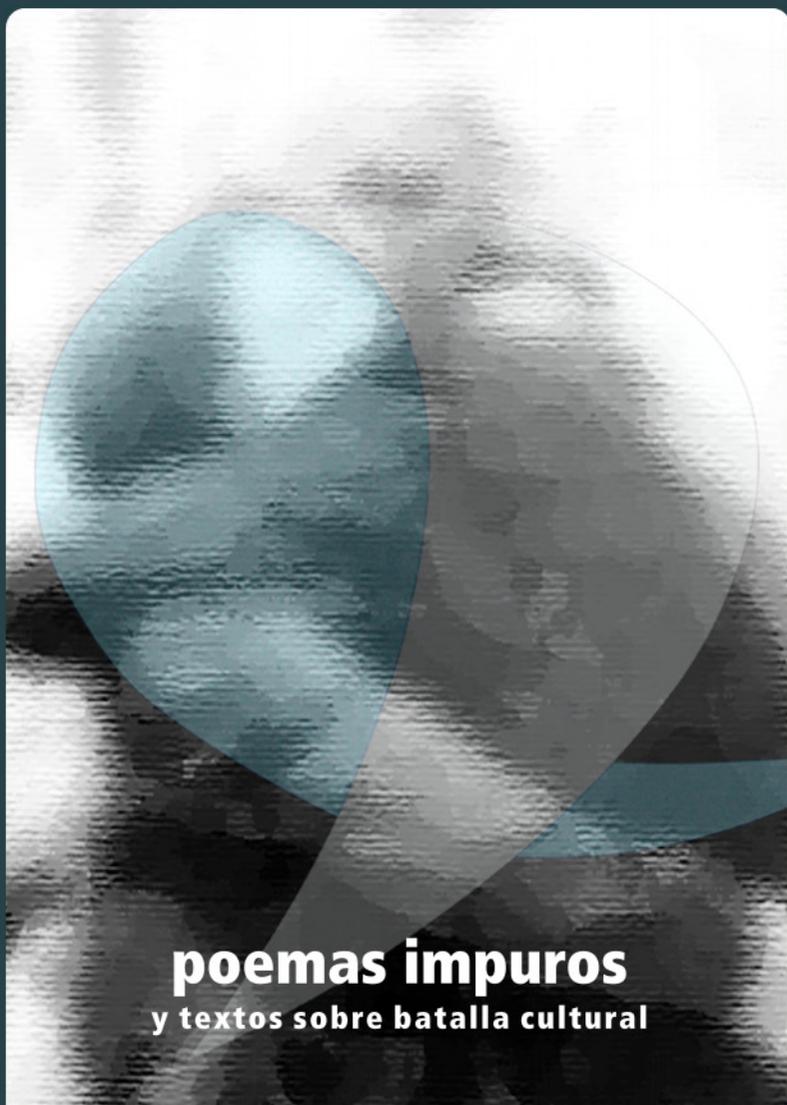


josé luis menéndez

EL AMOR VENCE AL ODIO



poemas impuros
y textos sobre batalla cultural

ediciones  alfabros

POEMAS IMPUROS

Desde los poetas anónimos que fueron Homero, o antes todavía, cuando pacientes babilonios dispusieron, sobre tablas de arcilla, el poema Gilgamesh, la historia despliega su registro poético. Sobrevinieron toda la clase de destrucciones, por guerras, pestes, hambrunas, o simple indefensión ante la furia de los dioses —esos soldados de la naturaleza—, pero la poesía siempre se mantuvo a la par de los hombres.

Para ello no eligió la pureza, sino lo que veía, incluso más allá de los ojos. Así observó —en cada amanecer, en cada nueva estrella— el rostro intacto de las resurrecciones; y se impuso a las mayores injusticias porque fue pensada para el día siguiente. Descendió y volvió de los infiernos con Orfeo, con Dante, con Blake. Habitó el cuerpo de los suicidas, la visión de los locos, la vigilia de los condenados a morir por nada. Y tanto supo decir el rezo mudo de los herejes como a veces la blasfemia del justo.

Theodor Adorno, al modo de una provocación disfrazada de ingenuidad, dijo que escribir poesía después de Auschwitz era un acto de barbarie. Eso tuvo infinitas respuestas. Una de las últimas fue cuando, luego de la invasión-saqueo dispuesta sobre Irak por George W. Bush, se perdieron, entre tanta muerte, tesoros incontables de la humanidad. Y sin embargo, un bibliotecario arriesgó su vida para salvar un trocito de arcilla. Era, justamente, del Gilgamesh, escrito hace más de cuatro mil trescientos años, para decirnos una historia presente: —Porque el rugido del gigante es el de la tempestad / porque sus fauces vomitan fuego y su aliento es mortal.

Entonces, ¿Reclamar pureza? En todo caso, la de Juan Gelman, que mientras una dictadura lo exilia del país y le mata todo lo cercano, re-escribe la poesía. Porque no la causaba un hijo, una nuera, una nieta, un desfile de amigos, sino una idea, que son todos los hombres que la necesitan. ¿Por qué? Porque todos transitan un camino de piedras, hasta hallar las que dicen la palabra justa, las espejadas por el tiempo, esas que se guardan para los grandes días; cuando cualquiera observa sus destellos, las escucha como un recién nacido, y se contenta por primera vez.

EL AMOR VENCE AL ODIO

JOSÉ LUIS MENÉNDEZ

EL AMOR VENCE AL ODIO

ALPHALIBROS 2015

El amor vence al odio

Primera edición 2015

ALPHALIBROS

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-987-27817-3-6

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Este libro es un ejercicio sobre la Memoria.

Somos lo que somos por una larga historia
que nació de una garra y llegó a una mano
que acaricia o mata.

O sea, esa memoria tiene su dialéctica.
Si la usamos para servir a una verdad,
corregir errores y pensar un mundo más
feliz, más compartido, es Amor.

Si la usamos sin ley ni transparencia,
se imanta de fragilidad. Es amor estéril.
A veces, Odio.

Presentación

Los poemas y notas de este libro, solo han sido, muy parcialmente, ejercicios de libertad. Lo fueron en cuanto al manejo de las prioridades, el uso de las palabras, el estilo. Pero sus temas y su motivación derivan de circunstancias recientes y concretas. No fueron pensados con independencia de los hechos reales sino con la óptica de quien los vive, los indaga, y pone todo su empeño en comprenderlos. No han sido flores del ocio sino respuestas a un estado de necesidad.

Posiblemente no se hayan escrito para ningún lector en especial ni pensando en quienes toman un libro con el derecho –legítimo, sin dudas– de hallar momentos de placer, de hacer un paseo entretenido por situaciones que le son ajenas. Acá por el contrario todo es propio, inmediato y cercano. Y lejos de obviar los cuadros de conflicto, los hace su materia.

Un personaje de Haruki Murakami, en *Tokio Blues*, dice: *–Soy de ese tipo de personas que no acaba de comprender las cosas hasta que las pone por escrito–*. Es exactamente lo que nos pasa.

Hemos sostenido, invariablemente, durante décadas, nuestra adhesión a los preceptos de la libertad creativa; del mismo modo los hemos reclamado para la nuestra.

Lamentablemente, hay muchos foros literarios, y crítica académica, y doble vara entre los mismos poetas, que adhieren, en teoría, a esa defensa de la libertad, y consecuentemente al respeto de todas las formas y todos los temas, pero que, sin embargo, son inconsecuentes cuando se trata de “la política”. En ese terreno, la abrumadora unidad, la cohesión, se desvanecen. Y aflora un concepto eufemístico, el de la “pureza”.

Insistimos por eso en la necesidad de coherencia. La calidad de la poesía no se vincula con su diseño formal ni con sus elecciones temáticas. Y no exige otro compromiso que no provenga de la honestidad intelectual y de una relación auténtica entre la cuerda que se pulsa y aquello que finalmente se manifiesta (poema, texto, dibujo, pintura, o la creación que sea).

Hay excelentes poetas que no sienten la política y por eso nunca se refieren a ella, aunque poseen, muchas veces, inquietudes sociales, y son verdaderos humanistas, sustentados en la ética. Ellos, a su modo, enriquecen los caminos del pensamiento, y le acuerdan otro valor, otra estatura, a las cosas más simples.

Pero también existen muchos escritores que se instalan en un cuerpo social distante y opuesto a la política, a veces con el dejo de que no la entienden o de que todo está resuelto y no puede variarse con la pequeñez de un texto, lo cual resulta paradójico, porque reniegan, de tal modo, de sus propias herramientas básicas: La historia literaria, la palabra, los ámbitos de comunicación masivos, desde donde podrían realizar –con independencia de sus elecciones– aportes de valor. Hay unos pocos, por último, que por razones personales, eligen una suerte de neutralidad controlada, que siempre los tiene dando vueltas en los pasillos del poder. En cualquier caso, con mayor o menor fervor, adoptan la consigna de no involucrarse en temas de legislación social, de filosofía práctica o acciones de gobierno.

Eso no dejaría de ser, sin embargo, una opción personal legítima. Lo verdaderamente grave sucede cuando dichas opciones se transforman en una teoría artística, un corsé de hierro para la creación. Es decir, cuando se explicita una frontera estética, a favor de un arte supuestamente independiente, libre de “impurezas” políticas. Una preceptiva que, tras la bandera de liberar, excluye.

Este libro –como cualquiera– forma parte de una cultura, y con todas sus limitaciones, su pequeñez, sus propias contradicciones, se inserta en los planos de aceptación o cuestionamiento de los valores culturales vigentes. Se para y dice, hay cosas que están bien, y otras que están mal, hay algunas que sirven a los pueblos y otras que los perjudican. Naturalmente no es neutral, se pone de un lado.

Ese lado tiene dos partes, en la primera, “El amor vence al odio”, se incluye una serie de poemas escritos entre 2004 y 2015, en los cuales se realizan lecturas de la situación política argentina. Con todo el riesgo del error pero todo el pulso de una convicción que fue asumida con

sinceridad, sin aspiraciones secundarias, sin precio ni cambio de favores, solamente por razonamiento sensible.

En una segunda parte –acaso reconociendo que ciertos temas o discusiones requieren otro tipo de lenguaje–, el libro se introduce en discusiones más universales y más largas en torno a la cultura. Y se integra en la idea de que ello incide en todos los ámbitos de la relación social. En este caso se trata, apenas, de parcialidades, de pequeños apuntes, sobre aspectos relacionales que se convalidan o se rechazan, con la premisa de una simple “posición en tema”. Pero la “batalla cultural” acompaña todos los procesos sociales. A veces se anticipa y ayuda a los cambios en la moldura de una sociedad, de un país; a veces los atrasa, y a veces, una vez instalados, los justifica y los defiende.

Ninguna sociedad realiza cambios trascendentes, que no sean de simple maquillaje, sin una disposición mayoritaria, subida en los andamios de una nueva cultura. Y cultura es todo. Hay señales, aún en lo que parece más nimio, que reflejan totalidades absolutas. No podría imaginarse un país desarrollado, igualitario, progresista, cuando un campeonato de fútbol provoque discusiones más graves, más dinámicas, que los proyectos políticos. Ni es imaginable una conciencia ecologista mientras la gente siga tirando en las acequias, en la casa de todos, la basura propia. No hay temas que no tengan presencia.

Valga, por último, una breve aclaración formal. Parte de los textos ya se hallaban distribuidos, sin títulos ni pausas, en un libro anterior, “Acto de fe”. Acá se organizaron de otro modo, cada uno con su revisión, su cambio de lugar y su punto de encuentro. No se trata, pues, de un mero trasplante sino de un orden diferente, pensado para una lectura más puntual, y acaso, de mejor memoria.

Valga también esto: El conjunto no proviene de ninguna musa personal. Son ecos de la calle. Una calle especial, fraterna, esperanzada; y limpia, sobre todo, del terror mediático.

POEMAS IMPUROS

Nunca menos

“Nunca menos” molesta.
Es una evidencia contra varios dogmas.
Pero molesta.

Los vientos del pasado
con su arrastre de polvo
contagian la batalla de la mala memoria.
Se orientan como flechas de araña
debajo de las piedras.

Desde las cuevas del poder
reparten la palabra vacía
los besos de papel el atraso del tiempo.

Esparcen en la calle
la cultura de la mezquindad
el bienestar de no ser nada.
Y lo cubren con teoremas inversos
con señales de cable con nubes amarillas.

Para ellos “nunca menos”
es una mueca de fastidio
La visita de un pariente pobre
una mosca en el plato un temblor
de seis grados en medio de la siesta...

Apenas un derecho extraño
un pecado de las muchedumbres.

Madres de la plaza

Las madres saben que sus hijos
se han ido
pero no lo aceptan.

Ellas no cuentan
las sílabas de un verso
ni cubren su relato con rosas melancólicas
pero dicen lo justo
las palabras exactas
—acaso las únicas que habrán de perdurar
cuando pasen las noches.

No hacen un poema
lo son ellas mismas.
Las madres son los versos
de la luz encantada.
Por eso persiguen
lo que no esperan encontrar.
O tal vez sí: porque el dolor no duele
sin dejar un rostro desvelado
una llaga profunda
una razón que abarque tanto
como la figuración de los poemas.
Y ahora ya no buscan
una heroica ceniza
sino el sueño que ardía.

Enfrentan el olvido
y su mural de sombras,
los ojos voraces del halcón
y una trama de oscuros fingimientos.

Pero las madres siguen.
Son la historia que puede comprenderse,
un coro de antigua mansedumbre
que hoy besa como un trueno.

De a poco son el vuelo a la vida futura.
El poema del pan recién horneado
–los panes numerosos como bocas humeantes–
subiendo por los tallos
de trigos que aún se quiebran.

La casa de todos

Antes el Estado era un cuerpo
de cabezas egregias.

Ahora lo miran de otro modo
amputado de brazos de mirada
de sentido posible.

Eso dice la estirpe de los dueños
de las grandes cosas.
Lo explican como siempre
sus profetas alegres
sus voceros de tanto por minuto
sus escribas de tanto la palabra
la comparsa gratuita.

No requieren Estado
su palabra la dicen de otro modo
debajo de la escena
con los juegos de la falsa verdad

y si no alcanza recurren
a las trompetas del apocalipsis
los ebrios de la sangre
la mano de obra del terror.

Por eso nuestra casa
es el Estado lleno de palabras
–esas que se han hecho
en horas infinitas
y los más puros llevan
hasta el último patio.

Es la casa futura
Los acuerdos de manos encimadas
donde nos quiten un poquito menos
nos respeten un poquito más
y nos dejen dos jirones celestes
de todo el cielo que nos toca.

Los unos y los otros

A veces se nos cae de la cámara
alguna foto que debió perderse
pero está.

Un personaje al que saludan
con una mezcla de admiración y de envidia.

Nunca por algo que trascienda
su pequeña sombra
sus afectos primarios
sus relojes de tiempo para nada.

Ni siquiera por la fortuna
de hacer un gol sobre la hora
en un partido de campeonato.

Nada que anide la mejor grandeza.

A este hombre lo miden por sus autos de lujo
sus fulgores mediáticos sus guardianes redondos
su burbuja visible y sus bienes ocultos.

El hombre sabe que lo miran.
entonces saca pecho
se proyecta como un pavo real
y devuelve miradas complacidas
desde las alturas que se atribuye.

Después de algunos años se muere lo mismo
(a veces ni siquiera sabiendo quién es)
una curva imprevista cuando corre
a doscientos kilómetros por hora
una falla del corazón por el tacto
de un cariño comprado
o una sobredosis de aburrimiento.

Es de los que siempre manejaron el mundo.
Fueron señores de la tierra reyes faraones
sacerdotes supremos que legislaron para sí mismos.
Se apropiaron de la tierra fértil
talaron los bosques ensuciaron el agua
corrompieron el aire y llenaron los pozos
de la tierra con residuos humanos
esos viejos enseres que olvidaron por nada.

Hay hombres que resisten
a la sombra del arte
y el consuelo de las buenas palabras.
Pero la mayoría se inmola en las batallas perdidas:
El espacio sagrado de los sacrificios.

Millones de seres con brazos para construir
mentes para pensar ojos para ver
se despeñan desde orígenes limpios
y agonizan sin pausa.
Respiran lo que pueden para surtir la tierra
de lo mismo, cargan hijos superfluos,
vientres preñados ollas vacías.
Padecen todo el calor o todo el frío de los años
según el capricho de las estaciones,
sufren o maldicen las lluvias, rezan por el agua limpia.
Aprovechan los días feriados
para sus changas de salvación.
Y el día más pensado se mueren, mansamente,
sin dejar nada. Se mueren de agonía natural,
oyendo, pobrecitos,
que la vida es bella.

Pajaros interminables

*“Cuando hay una necesidad,
nace un derecho” (Evita)*

Hoy es el día de la necesidad.

Porque hay golpes que nunca dejan de caer
y muerden como truenos que azotan lo más ancho del mundo.
Sueltan lluvias de fuego sobre manos incrédulas
que ruedan a la sombra de la falsa justicia.

Con su paso desmoronan la tierra y construyen desiertos
donde había espacios de hierba generosa y pájaros
interminables que no cesaban de cantar
porque no conocían la frialdad de las noches.
Desiertos arenosos donde un grano más otro
eran los ojos que sabían mirarse. Y que nunca
negaron lo que vieron cuando vieron el mar.

Hoy es el día de la necesidad.

Hasta los hombres buenos se guarecen
bajo dinteles de resignación
y muerden el polvo de las primaveras
mientras llovizna el hambre
para las bocas que se ponen viejas
al día siguiente de nacer.

Genitales secos y crespones hundidos en los úteros
donde antes flameaban bendiciones
y se avistaban nubes de ternura celeste.

Son los instantes de la necesidad
pero no de versos distraídos que siempre ruedan
por las mismas calles y sólo pintan sobre lo pintado
sobre los días donde la luz se ha vuelto
una guarida del cansancio y se pierde la miel
como se pierde el canto de los maliciosos.

Tal vez el instante de una mudez que grite
sobre los tímpanos solemnes. De casa en casa.
Envuelta entre banderas que puedan destellar
como una vez lo hicieron... igual que lunas ávidas.

Hoy es el día de la necesidad
el día de todos los derechos.

“Se viene el zurdaje”

A la señora le salió del alma.

“Dicen que...”

fue su principio y se detuvo
–como si hurgara en su moral
de loba enmascarada...

Al fin lo dijo entero
con el mohín quejoso pero alegre
de las violaciones deseadas.

“Dicen que se viene el zurdaje...”

como si fuera un caos
una pintura del apocalipsis
un puro bajo fondo una jauría.
Y no un debate de la humanidad.

Ay, tan buena señora tan gentil
siempre en el norte de una mesa blanca
donde impone su palabra absoluta
su reto a quienes hablan a favor de las víctimas
sus ofidios ocultos.

Pero jamás acepta que su boca sea suya.
Es apenas la boca de la gente
imprecisa y anónima
que se revela en ella por la gracia de Dios
y la boca ciega de los hambrientos.

Siempre relatos amañados junto a una saga
de vanidades donde nada es real.
Ni siquiera el hecho de comer.

Pero esa vez fallaron los modales
no hubo gestos de mirar a otro lado
ni ficciones de buena vecindad.
Justo se hallaba una mujer marcada
por la historia –quizás la proa de un abecedario
que tensaba sus letras
para salvar un barco que se hundía–.
Lo respondido fue un estoque labial
una punción del pensamiento:
*“Por gente que decía esas cosas
murieron treinta mil”*. Una clave
mordida sobre la borra del café
sobre la perla que cultiva
sin repliegue ni pausa
el cinismo feliz.

Compañero

Es como si la misma palabra
sacudiera tu gesto
te apretase las manos
te abrazara.

Piensa en la inmensidad.
Piensa en el grito
de un hombre una mujer
que han mirado tu rostro
un solo día
y te vuelven el suyo
de cien años después
chorreando el agua
de una lluvia que limpia
los fracasos del mundo.

Piensa en tu padre
y en tu madre
en la más triste soledad
sobre la estela de calor
que han dejado sus muertos.
Piensa en los hijos
que te van a nacer
o te han nacido y cantan
la canción que despliega
todas las promesas
la musa que dibuja en el viento
su coro de milagros.

Piensa en una palabra
que te obligue al amor

y nazca de la siembra.
Dibuja nueve letras minúsculas
que se puedan beber
que te alimenten como una semilla
que ha brotado del sol y de los pájaros
para decir un nombre
de cuatro sílabas que rueden
como gotas de sangre.

Alguna vez se dijo en el silencio.
La supimos llevar
con dos mantas al hombro
sobre tapias heladas
la guardamos adentro
de alforjas que decían
bandera patria
madreselva.

La cubrimos del viento y el rocío.
La buscamos a tientas
con los ojos atados
y la dijimos con la boca seca
derrumbada
en la curva de un beso sin respuesta.

No me conoces aguijón del aire
cabo de fruta zumbadora.
Yo tampoco recuerdo
tu color ni tu nombre.
Pero evoco de nuevo esa palabra
y la pongo a flamear como una V
una vieja camisa transpirada
un espejo que dice no te rindas.

Entonces ella sube del mar
de los pellejos de la tierra pura
de los rincones más inadvertidos.
Y cada Tu me la devuelve.
Cada legión me la devuelve
con sus manos de pan y de victoria.

Por eso en la mudez
me privé de todas las palabras
menos una.
Se la sumo a tu copa
que es mi copa
y te invito a la vida
... Compañero!

2 de abril

Aquí en el sur del mundo
un imperio blindado
extiende sus metales,
navega en los naufragios.

Pero arden bajo el cielo
los cuerpos inocentes.
Se trepan a una luna
de besos y crecientes.

Por eso tantas nubes
de polvo enamorado
se levantan del agua
para ver qué ha pasado.

Y una extensa marea
de azules arponeros
sube y deja en las islas
su memoria de fuego.

Perros vagabundos

Le besaran las bragas a la reina y las botas
al príncipe, mansamente lo hicieran
como reflejo de su condición, como una oveja berreadora
que repite creced y multiplicaos,
no perdón que dice por este camino volveremos,
no perdón que dice silencio everibodi
qué manera de perder el tiempo
y ahí nomás festejaron un ayer de regalo
un puente que viniera desde 1833
ardiese doscientas millas en el mar
y después encallara como un monstruo de hielo
que ha perdido su rumbo.

Sería que toda el agua se hiciera como un sueño
y entonces ellos despertaran
le tendiesen las sábanas al príncipe
se hincaran frente al paño de los saqueadores
lustraran las canoas de guerra las basuras nucleares
y a la vez arengasen no duerman demasiado
los pingüinos se han vuelto imprevisibles.

Y siguieran con sus lenguas de lana
la piel de las ballenas muertas
los carbones del aire las tacitas de té
el último pedo de la tropa.
Y a la patria llegaron sus berridos
los mirasen hasta bajo del agua
los santos inocentes los matados
los oyeran desde su inmensidad
con sus corazones oceánicos sus garganta incrédulas.

¡Ay intelectuales de segundo corte
picadillo de palabras mendigas!
parece que vinieran con alma de jauría
hambrientos de papel y de nombre.
Qué clase de animales que saliva
igual que si nacieran de perros vagabundos
de razas que buscaran
entre los restos del imperio
un huesito con carne

y ladraran como condenados
ay reyes de la guerra no callasen
no bajaran las armas no cediesen
no permitieran nuestra soledad
carrera mar aliados – sí, carrera mar aliados
hasta la sangre de la plaza de mayo.

Liberalismo

Todo es posible para el hombre
si se trata de la naturaleza

cambiar el curso de los ríos
enfrentar al mar
detener los relámpagos
fecundar in vitro

no hay intentos prohibidos
mientras no se discutan
los flujos monetarios
ni los cimientos de la propiedad

la plata siempre navega
para el mismo puerto

los que son de a muchos
se alistan como bueyes
y empujan los pesados fardos

los otros los de a uno
se aferran a su voracidad
guardan los frutos en recintos herméticos
bajo llaves magnéticas
al cuidado de guardianes frenéticos

y allí no hay piola para nada
hasta que un día se mueren
ahogados por su propio tesoro
o les falla lo que nunca tuvieron
corazón.

Intelectos ilustres

Ahí andan mostrando sus caras adustas con aureola de sabios siempre listas para la foto y la benevolencia salvo cuando ensayan un gesto extravagante o se suman a los protocolos de gobierno y sonríen como grandes niños capaces de aceptar un reto después de romper vidrios con una calavera que adornaba códigos de confesión entre salones academias mediciones del rabo de la gente notable que dispone los límites que no se pueden trasponer sin hacer el ridículo sin caer en el estado de interdicción sin ganar el mote de indeseables que sería lo mismo que antes era la excomunión como castigo por supuestas blasfemias como sostener que una mujer podía pensar que un negro tenía derechos o que la tierra paseaba estrepitosa sobre un océano interminable así que uno lo puede ver a mario vargas saltando de conferencia en conferencia esquivando las bombas que se aplican en la franja de gaza para escarmiento de los ancianos que se han reproducido y de los jóvenes que mejor no lo hagan y las esquivan con maestría les explotan al lado porque el mundo es global y además las esquirlas se desparraman por efecto de la rotación y las mareas y la misma libertad que tiene la costumbre de hacerse tan realista como las ganas de comer y entonces nunca se detiene nos lleva tan atrás en el tiempo que nos parece mirar a los enanos que desataban la hilaridad de los reyes y que bien podrían haber sido premios nobel del auto-desprecio con el atenuante de que los pobres no tenían más remedio pero ahora que mierda los laureados se pasean como perros se acomodan la jeta dan lecciones de valores abstractos disimulan la incomprensión tropiezan con niños mutilados de afganistan y siguen sus discursos sobre libre comercio ah y nunca se mueren sólo cambian de nombre.

Charcos elementales

Estaba tan de menos
que ni siquiera pudo detenerse.
Anduvo nada más por inercia
hacia un hueco de sombras
a cubierto de todas las miradas

entonces se quitó los zapatos pesados
y volvió a su niñez
cuando corría con los pies desnudos
sobre los charcos elementales

eran charcos didácticos
una forma de medir el trabajo y los días
su gramática interna
su parangón con ciertos verbos
desafiantes y oscuros

los charcos fueron inventados
para aprender a saltar
/demasiado corto y uno se caía
bajo la burla de los otros
/demasiado angosto y era inútil
nada más la risa desbocada
de los viejos y el barro

aquel juego leía la política
medir el salto justo hacia el borde posible
entender la distancia.

Patrullas perdidas

Millones de muertos, narraciones abiertas sobre batallas espectrales, sobre hazañas, traiciones, héroes, malvados, amores, amoríos, odios y pasiones sin destino. Y un nuevo tablero del mundo. Pero la guerra, la segunda guerra universal, había concluido. Todavía, en la última escena, confluían las vacilaciones de Japón entre luchar hasta morir o aceptar la derrota, las bombas atómicas sobre ciudades dormidas, la decisión tortuosa del Emperador de soportar lo insoportable, de rendir un país que se consideraba invencible.

Sin embargo, no todos los japoneses se rindieron. Para muchos la paz no era conocida, y si conocida no era tomada como cierta. Y si cierta no les resultaba aceptable. Anécdotas cruzadas entre la fantasía y la realidad, cuentan historias de patrullas perdidas en islas del Pacífico que, ignorantes del final de la guerra, siguieron la batalla impuesta por la divinidad imperial y sus propios ancestros marciales; con las bayonetas a mano, fugitivos, emboscados, librando escaramuzas de combate, recorriendo el silencio y peleando, al cabo de los años, por unos trozos de pescado o un refugio de cañas de bambú, con hojas de palmera.

Casi treinta años después de haber cesado la contienda, un viejo soldado del Imperio murió en tiroteo con tropas filipinas. Todavía más tarde, se produjeron nuevas apariciones fantásticas. El teniente Hiro Onoda, oculto en Lubang hasta marzo de 1974, y encontrado accidentalmente por un compatriota viajero, nunca creyó que la guerra había terminado, igual que Teruo Nakamura, hallado meses después, en Morotai, por fuerzas aéreas de Indonesia. Volvieron avergonzados por no haber servido al Emperador hasta el suspiro de la muerte, y cargando la derrota como una llaga irremediable.

La izquierda argentina, purísima, locuaz, intransigente, sigue la senda de los japoneses perdidos. Sus líderes, fervorosos de una heroicidad propia de otro mapa de la política, repiten, sin embargo, las mismas invariadas consignas de los 70, los 60, los 50, los 40, los 20. Bajo una dictadura

sanguinaria o adentro de un sistema electoral, con desocupación o con empleo, con juicios ejemplares o con impunidad, con resistencias o con entrega, con votos o con botas. En la frontera de la guerra caliente o de la guerra fría. En el siglo diecinueve o en siglo veintiuno. Y así como el Fondo Monetario tiene un solo plan de ajuste para todos los países en todos los tiempos, el ultraísmo criollo esgrime las mismas consignas frente a todos los cambios, en contra de cualquier gobierno, sin tener en cuenta las variaciones sociales ni los niveles medios de conciencia. Para ello se unen con quien sea, y repiten su afecto por la desmesura, sostenido con todo acierto de fracaso en fracaso. Cuando otros realizan lo que ellos alguna vez plantearon y nunca pudieron alcanzar, en lugar de adherir y sumarse, lo rechazan con entusiasmo. Piensan y actúan como si las reformas políticas tuvieran marca registrada. Y ellos fuesen sus únicos creadores. A la hora de actuar, veinte encapuchados cortan una calle y le joden la creencia y la vida a muchedumbres que no entienden nada.

Son las patrullas perdidas del presente.

Proceda general

Así lo dijo
y los cuadros bajaron de su pedestal.
Habían sido la guardia
de la Cruz del Espanto.
Una huella de sangre en las maderas
castigaba los ojos.

Desde allí nos miraban
con su rostro de animales sagrados
su burla entre los labios
su condición de sombras.
Nos miraban
ebrios, todavía, de poder y de gozo;
como si nada hubiera sucedido.
O algo peor
como si todo el pasado
les abriera su camino a la gloria
la santidad de sus males
una medalla sobre otra
cayendo con su filo de gracia
sobre la vena de los inocentes.

Dijo proceda General
y así los vimos
por primera vez
por última vez
afuera de la escena
destronados
rodando en el silencio
de los dioses de barro.

Será millones

¿Qué son siete años
nada más que siete años
en la vida de un pueblo
en sus mudanzas?
¿Qué son siete años de un hombre entre los días
de reflejos de luna que se pierden
de tormentas de un mar sobre los mares?

Siete años. Apenas un espacio invisible
una cifra que no tiene peso
que disipa el origen de sitios y distancias.
Pero a veces...
a veces una línea que sugiere una forma
unas voces naciendo sobre un cero
un soñador que apenas piensa el agua
y ya muestra en sus ojos
dos capullos mojados.

Así ocurren las horas del milagro.

A su paso no hubo plan ni tumulto.
No hubo quien lo esperase.
No se sabe si llegó del sur o de la noche.
Si lo trajo un ángel proletario.
Si anduvo dando tumbos
sobre un témpano en llamas.

Era verlo pasar y que se hundiera
la hojarasca de las crispaciones.
Nada más la veían los heraldos negros

los viejos asesinos los profetas del odio
repitiendo su miedo ante las bocas
que una vez ocultaron y ahora estaban
como un grito de pie como cien gritos
agitando el fuego y la memoria.

Pero cada mañana guarda nombres
para un azar oscuro y misterioso
que se lleva de a poco lo que ha sido.
Se lleva centinelas pasiones monumentos
luminarias violines madre selvas
se lleva todo. Se lleva la bondad.

Por eso un día dejó un cuerpo
ataviado con flores y palabras
en otro instante de la luz
a la sombra de una vieja bandera.
Y una voz de metal fue sosteniendo
con la fuerza de un sueño renacido
la pena sin doblez... la pena joven.

Era octubre y golpeaba
sobre los rostros incontables
sobre la fragilidad de la muerte
una lluvia de adioses.

Viento de cola

No es posible no verlo
no hay manera
hay menos pueblo acorralado en sus breves espacios
menos brazos caídos
menos frío en la curva de los pequeños pies
y está un mar que mueve montañas de malicia
una marea de luz que se atropella
se vende se compra se recauda
y así fluye a raudales como un soplo virtuoso
en los umbrales de un país

un soplo que celebra más aulas más alumnos
más autos más viajeros más valor agregado
más fulgores de nubes y de cielo en las casas el mundo

Entonces dicen pura suerte
extranjeros en su propia tierra
dicen que suerte que han tenido "ellos" no "nosotros"
el palacio la corte la viudez viento de cola dicen
una fortuna insostenible

Por eso siembran su planta de malicia
y olvidan el pasado
la debida obediencia el corralito
las persianas pegadas con tres capas de óxido
los amores carnales donde nosotros éramos el culo.

¡Viento de cola dicen!
Acá no hubo otra forma de pensar las cosas
sólo un viento durable generoso

que andaba suelto por el sur
y le gustó subirse a la memoria
bailar en el mercado interno
traer de nuevo los hijos que vagaban
entre lenguas hostiles para otra comunión
(esa de la patria en pie
la fábula despierta
del mate y los asados).

Un domingo de octubre fuimos diez once
casi doce millones de argentinos
que soplamos para el mismo lado

Y esa vez fue verdad, era el viento de cola.

El dedo y la luna

El dedo de Cristina señalaba la luna.
Se podía ver su derrame de luz
sobre los ríos temblorosos
sobre los brazos que medían
la espesura de los camalotes.

Era en serio la luna
y a un costado las gotas
de un diluvio blanco regresadas del cielo.

Y eran los cráteres sin número.
Su forma cuajaba una caricia
del vapor de la noche.
Su espesor el silencio
de los amadores nocturnos.
Su boca la mudez
que anduvo contenida en la fragua del genio
en la belleza de las catedrales.

Más atrás más lejana
se veía la danza de los astros
el rumbo inexorable de las constelaciones.

Pero algunas miradas
se privaron del goce y el asombro.
Miraban
solamente
... un dedo.

Así cualquiera

Nos quieren engañar para seguir estando
son generosos con nuestro dinero
algo tienen que dar sino se pierden
sólo buscan confundir a los tontos
van por todo y no quieren oposición
no tienen seriedad
se pelean con los acreedores
desoyen a la prensa dividen a la gente
se hacen los buenos pero quieren todo
se suben a la nave
de la demagogia
cualquier pobre diablo vale un voto
impulsan medidas populistas
procuran bases de sustentación
reparten subsidios jubilan gente
apelan a mayorías inestables
fomentan el consumo, protegen las industrias
defienden el empleo
hacen caminos construyen escuelas
regalan medicinas...

hasta pagan deudas que ni siquiera contrajeron.

Así cualquiera hace política.

Alacranes

Colgadas en la puerta de los foros caníbales
–esos tajos abiertos hacia el odio–
ciertas sombras humanas
van diciendo su triste pequeñez.
La impostura del habla les contrajo su rostro
donde hubo un halo vigoroso
un nervio un fundamento una saliva dulce
hay un puro agujón.

Ya no tienen cerebro
solo un chip que tiende a repetir
lo que otros repiten
un oscuro glosario de insultos indecibles
de mentiras comunes de noticias sin importancia.

Diciendo la justicia se olvidan de la ley
diciendo azul y blanco
se acomodan a los vuelos bajitos
y festejan
con el rostro henchido por la necedad
las piedras que gotean
sobre los ojos de su patria.

De yegüa para arriba
de hijos de puta para abajo
estampan todos los agravios posibles
realizan los cargos más descabellados
rechazan todo aquello que desconocen.

Son hijos de la mala entraña,
apologistas de la destrucción:
Todo fulgor los enceguece
todo camino los aplasta
todo pasado los condena.

Se abroquelan en una verdad
que no quieren confrontar con nadie
avivan la intensidad de las máscaras
con el hedor de su trabajo sucio
y se pierden la furia de las mariposas
su diluvio cromático
su trabajo de luna en la ceguera.

Ah mendicidad de los párpados:
Les duele que salga de las casas más pobres
de las migajas de los decimales
el vaivén de una música y unos labios de leche.

Cagan en el agua que beben.
Y de a poco se infectan
con su absurdo
repugnante
veneno.

Recortes

Una señora se quejaba frente a las cámaras de la teve pública. Tal haya querido nada más lucir su arrogancia viscosa, descender con su genio a una escuela de seres inferiores y después partir, saboreando el efecto de su piedad, hacia las cumbres donde habita. Pero lo pronto era quejarse, ¿cómo podía ser que se jugara con fragmentos de una totalidad que solamente ella comprendía?

Diletantes, recortes, arbolitos, una selva que los disolvía hasta la trama de sus pájaros.

Andy Warhol filmando siete horas a un hombre que dormía, eso era algo. No Jesucristo que sólo vivía doce apóstoles y unos pocos milagros. Nunca Picasso que recortaba piernas y cabezas, las deformaba de tal modo que una rodilla era una hipotenusa y una boca los espejos de un triángulo.

Mucho menos Shakespeare que solo describía situaciones trágicas, o Antonioni que solo filmaba sentimientos, y menos todavía esos nuevos artistas que miran solamente los centros del poder y su manera oblicua de cagarse en la esperanza humana. Hay que risa, Beatriz.

$60 \times 24 = 1.440$

$1.440 \times 365 = 525.500$

multiplicado por años resulta que ya tengo treinta millones de minutos y sólo me acuerdo de unos pocos, mi vida misma es un recorte, la vida es un recorte señora. Cada cual elije los pedazos deseados. Amamos a doscientas mujeres pero elegimos una. Y así todo. Seis, siete, ocho recortes –o a veces uno solo, cuando se muestra que se niega lo que se dijo pero se dijo–, son puntitos de luz, unos ojos de buho cuando se hace la noche y usted duerme, señora.

En contra del país

En contra el país, a favor de cualquiera.

A favor del Cuco y de la araña peluda.
De los zapateros de Brasil
de los jugueteros de China
de los tribunales de Ghana
de la fuga de dólares
de la bandera kelper
de la corona británica
de algunas libras de basura suelta.

A favor del Guasón
de Mr Burns del juez Briesa
de Repsol de Gargamel
del Fondo Monetario
de James Cameron
de la Luz Mala
del voto selectivo
del intercambio desigual
del No positivo
de los fondos buitres
de las pasteras de Fray Bentos
de algún abecedario sin undécima letra.

En contra del país
a favor de la Sociedad Rural
del hematoma craneano
de la evasión impositiva
del monopolio de papel prensa
de las tarifas de cablevisión

de la ley de medios para nada
de los poder-nautas del círculo rojo
de los pregoneros del apocalipsis.

En contra del país
cualquier demérito sesgado
cualquier analogía incompleta
cualquier camino hacia el desánimo
cualquier caballo que tropiece y caiga.

En fin, lo de siempre.
Una tierra de máscaras
la boca tragona de los sapos de bronce.

Acechanzas

Los adivinos del pasado
los parásitos crónicos
los liberales temerosos
los legalistas fraudulentos
los timoneles extraviados
se agitan por ahí
van corriendo sobre aguadas difusas

intentan cierto continencia
pero es inútil
se los conoce con facilidad

para ellos
los defensores del gobierno
son esbirros a sueldo
los que votan sus leyes
son la tropa obsecuente
los niños que reciben
las ayudas sociales
son simientes de malignidad
son púas que se afilan
en la fragua del barro

desde las cumbres del poder
alistan el pescado podrido
las zarpas tenebrosas
los globos amarillos

esparcen en las calles
toneladas de piedras

las recubren con señales de cable
y truculencias de papel

pretenden ocultar
con polvo del camino
la luz del horizonte

pero el camino es multitud.

Dos muertes

La muerte es una sola.
Los cuerpos que se pierden con lenta parsimonia
mientras una y otra mentira
sacuden su fatiga en las bocas.
¿Por qué razón entonces
la cepa consagrada del mal
las máscaras que muestran sus labios de almidón
la codicia que atraviesa los ojos?

La muerte es una sola
pero distinta.
Ayer vimos la muerte
golpeando de raíz
en medio de la tarde
la luz donde bailaban
los vientos de una patria.
El hijo más nuevo de Bolívar
un hombre de los hombres
ardiendo sobre un barco repleto de Caribe

erguido con su vela rota
llevado días enteros y sueños y caminos
en andas del amor
sobre una marea inmensa
de lágrimas y flores.

La muerte es una sola
pero distinta.
En el mismo verano se murió José Alfredo.
Un hombre del terror
sus orejas inmensas flotando en un océano
de tiempo sin olvido
su cuerpo en los aires de la soledad
borrado de sí mismo
caído como un óxido helado sobre un resto de sangre.
Su último respiro se llevó casi nada.
El olor dejado en la penumbra
(entre los pliegues de la tierra)
por la bosta sagrada de sus vacas
sus blasones efímeros.
No se movió una mano
ni un pájaro
ni un trébol
las campanas golpearon sus paredes resacas.

La muerte es una sola
Pero distinta.

E q u a

*(La nobleza y la fuerza
de una centuria de caballos)*

Arre
turbadora del sueño
fragor dispuesto en la batalla
que ninguno esperaba.

Arre
que una estrella plateada
se ha dormido en tu frente
y su luz estremece
los aullidos del odio.

Arre
que hay mañanas inversas
(no tan oscuras
ni tan deshabitadas)
que de a poco navegan
como un azul invicto
en el espejo de las muchedumbres.

Arre
que las fieras se alejan
de tanta claridad
del suelo que atraviesa tu galope profundo.

Arre
que hay un río de cuerpos laboriosos
y de madres sin culpa
y de niños sin miedo
que han lavado sus ojos
en el refugio de tu soledad.

Arre
que tu figura ecuestre
tus miradas de cielo y de maíz
ya dibujaron
la rosa de los tiempos
los albores de América.

Arre
que ya la noche se muerde los talones
Y en medio de los vientos
y la hierba quemada
refulge tu camino.

La grieta

Las grietas son mordientes
en el paso del tiempo. Nunca
se juntan (van mutando)
un día estallan como un apocalipsis
y otro día se ausentan
como si fueran a buscar
un pasado que les diga cuando.

La naturaleza enfrenta
a unos animales con otros
a unos vegetales con otros
al aire con el fuego
y a tanta piedra suelta con el agua

sabe que si uno es uno solo
la grieta es con sí mismo
el hombre del mediodía
se come al hombre del amanecer

pero si uno es uno con los otros
la grieta se llena de palabras
se aglomera se viste
se hace un ser sin fisuras
una causa que se comparte

la grieta más honda se produce
cuando los hombres de metal
se apoderan de los hombres buenos
y les tuercen la voz

todo aquello que vinieron a dar
lo que mañana mismo
será pasto del viento

la verdadera grieta es una sola
el dulzor y la pena
lo grande y lo pequeño
la guerra larga y fría
de la desigualdad

y esa hondura sin fin
los ojos como pozos que no tienen salida
es el único espejo
de todas las historias.

Horas de olvido

Cada partida tiene su dolor cada logro su olvido.

Ayer unos rondaban su montaña (pequeña como una calesita)
con una bicicleta de la Segunda Guerra. Otros lo hacían en dos
ruedas con un viejo motor otros en autos comidos por la niebla.

Después pasaron cosas. Volvieron a girar unas puertas
de chapa cubiertas por el óxido. Los oficios perdidos se pusieron
otra vez en la mesa como los guardapolvos y los granos de azúcar.
Volvió la musa de la siembra y volvió la luz de las escuelas
de los talleres de los campos
a los ojos nuevamente limpios.

Los aviones volvieron a tener alas, los surtidores leche fresca
los televisores una tribuna que miraba la cancha. Y cada quien
su sonajero limpio su vacuna su lugar de verse con los otros
de tirar su egoísmo en los huecos de la falsa bondad.

Volvieron los científicos a no lavar los platos
a la biología molecular a la pupila gris de los satélites
al aliento amarillo de los trenes que vuelven
como un galope de almas sobre metales vivos
un carnaval de asombros después de un largo sueño.

Pero en la media tarde regresó el olvido.
Y unos cuantos viajeros quieren volver a viejos tiempos
cuando el robo era un derecho de los bancos
el libro de las aulas era un plato de sopa
y la pobreza un cepo dispuesto para siempre.

Ay, estos viajeros extrañamente vivos mirando otro país
quieren la bicicleta de la Segunda Guerra.

Parecen enfermos por una enfermedad que filtra colibríes
y después enloquece se degüella los ojos
reverencia la lengua de los asnos.

Todos juntos

Los que traman los juegos de la guerra
y los peones humanos
todos juntos.

Los que orinan las nubes de su Olimpo
y los que reciben la lluvia
todos juntos.

Los hartos de comer
y los que son comidos
todos juntos.

Los que trafican con las armas
y los que reciben el fuego y las esquiras
todos juntos.

Los que juegan con las cartas marcadas
y los llamados a perder
todos juntos.

Los que imponen sus mandamientos
y los forzados a rezar
todos juntos.

Los que incendian los libros
y los que leen de las cenizas
todos juntos.

Los que hacen sufrir
y los que sufren
todos juntos.

Los que tienen la voz fuerte
y los que tienen sus oídos rotos
todos juntos.

Los hombres golpeadores
y las mujeres golpeadas
todos juntos.

Los que guardan el agua
y los que mueren de sed
todos juntos.

Los que dicen lústrame las botas
y los que dicen sí señor
todos juntos.

Los que andan en un carro
y los que tiran del carro
todos juntos.

El jinete de la dura espuela
y los caballos espoleados
todos juntos.

Y así hasta el infinito
todos juntos
fatigando un poema que no tiene final

porque algo falla.

Cabecitas negras

Así como una gracia suspendida
una historia de olvidos un látigo en el aire
una respuesta que no tiene preguntas
una fuente sin agua
una soledad que se abre –ya exangüe
y sin aliento–
sobre unos panes agrios...
Así estos hombres desgajados
de la historia y el tiempo
puestos en la casa de la oscuridad.

Ellos fueron la piedra de las grandes murallas
el abanico de los faraones
el remo de los barcos
la rienda corta de los caballos
el escudo de las infanterías
el cuerpo tendido a los castigos
que otras manos traían del cielo de los héroes.
La sangre que tiraba los carros de la gloria.

Todo lo hicieron para nada
cada batalla era un salto sin red
un grito sin derecho
una siembra de cuerpos mutilados
en la pausa de campos apacibles
–donde se abrían arrabales de paz
y brotaban amores de mujer y de lluvia.

Por abajo de las horas de luz
de los abrazos y las comuniones

de los espinos que sabían cantar
se alzó el redoble de las cacerías
la palabra de poderes eternos.

¡Tanta furia impiadosa!
Un cimiento de sangre
para la torre de los vencedores:
Los tigres cebados de la guerra
los mercaderes que saqueaban
el oro de los templos
los comulgantes de una ley abstracta
que castiga la necesidad con la fiereza
de la espada y el dolor del insulto.
Apenas si consuma el plan de la codicia:
Pagar las cuentas del derroche
de los delirios de la vanidad
de la sobrada egolatría
con la miseria de los condenados.

Así que unos hombres lo perdieron todo.
La tierra de sus padres con su tímida sombra
los remolinos de maíz
las hileras de la vida en calma
la frescura de un pañuelo mojado
las miradas adultas que medían
el salto de los niños
sobre un mapa de miel.

Perdieron de a pedazos la palabra justa
y el verbo cayendo hacia las cosas
con la humedad de las primeras lenguas.
La sustancia de lo humano más puro
el aroma natural y crujiente

de los pasos que fundan los caminos
de las manos que recortan el pan
de la frente con rayas de vejez
sobre la pala roja de la siembra
de la roca solemne que amparaba los pechos.

Y los hombres oscuros se quedaron
a la sombra del sol
sobre un mar de arena congelada
envejeciendo en los torreones de la tempestad.
Tuvieron que nacer como soldados nuevos
como estatuas que se sueltan
de sus caballos agrietados y su carrera inmóvil
como nubes que ahondan en su propia materia
y hallan pulpa de razón y de hueso
en una montaña de perdiciones.
Que saben maldecir al revés
cuando buscan sus lugares benditos
que animan sus músculos antiguos
con el jadeo de un ser desconocido.

Ellos hicieron todas las casas del mundo
su perfecta raíz su vaina de cemento
sus cúpulas que giran entre andamios azules.
Allí sus brazos parpadean sin fin
y dan saludos sin destino
como las estrellas de un malabarista ciego.
Allí mastican una rama de coca
o sorben unos mates cebados por el viento.
Allí la vida de pedales y arena.
O si no entre saludos de sudor y de vino
de una página en blanco
de las biografías golpeadas por un mismo sonido

que acampa entre centurias tristes:
El golpetear del hacha en la madera.

Limpiaron la basura de todas las veredas del mundo
con azadones de sopor con sacrificio desmedido.
Anduvieron junto a los carros, los camiones,
los grises volquetes llenos de fuego en extinción
y de plegarias consumidas.

Ellos alzaron su virtud y sus cartas
frente al espejo de los sacrificios
y el presagio de un camino marcado.
Inundaron la grieta de las privaciones
con su canto de nada su fatiga de número
su transcurso sin nombre ni genealogía.
Se cargaron por eso su pasado infinito
y volvieron al mundo de los primeros dioses.

Con ellos se defienden de la traición.
De los inviernos que navegan como un barco sin proa
del pacto desigual que se derrumba
sobre los ángeles vencidos
los puestos de rodillas
los que se agolpan solos
frente a la burla de las ceremonias
cuando llegan los hombres de barrigas alegres
y en la noche resuena la fiesta de los príncipes.

Pero los días tienen una fuerza extraña
un instante de resurrección
donde las manos muelen su dura persistencia
su hueco de calor su amanecer inagotable.
Los hombres se resguardan en su vieja matriz

sus andanzas en el centro del cielo
y ya no sienten el desprecio por su color
ni el paso atrás de las derrotas
ni los castigos por el nombre perdido.
Se constituyen como un grano de sal
como un manto de lluvia una raíz
como un trueno que son todos los truenos
y se vuelve uno solo uno mismo
un dios nacido de mujer
un ser anónimo y plural que se repite
y son todos los hombres de la tierra
las hormigas de la eternidad.

A menudo visitan
a las viejas costureras del barrio
y les tiran arrullos de paloma
para el vestido de sus novias.
Más tarde cada uno pujará la belleza
que navega sin edad y sin rumbo
los mares de la vida. Y caerán sus promesas
sobre un vientre bendito.

Son partes de un milagro
que les devuelve un mundo y una causa.
Han cambiado su nombre
por un sueño que no se desmorona.
Un color que supo su verdad
y vuelve con el mástil de una sola bandera.

Arboles de carbón
ramajes de madera seca
hojas marrones del otoño.
Conocen como nadie los secretos del fuego.

El amor vence al odio

La historia de los hombres no es un trazo perfecto
donde todos agregan su minuto
y después celebran milagros y resurrecciones.
El amor trabaja pero despacio,
emplumando los huesos, de a poquito.
Y apenas si aflora cada tanto cada mundo
cada vuelta de madre cada siglo.

Se suele confundir, mueve sus letras, seduce,
quitapenas. Se reviste con escamas rojas
y besa labios que jamás olvidan. Después
baila. Con los pasos de la persuasión,
atravesía sombras y corazones dormidos.
Pero no evita las vacilaciones.
Hay días que no sabe cómo y se vuelve al ayer.
Allí lame su espalda su fatiga su caricia más vieja
y pone de nuevo su mirada en el cielo.

Los sueños van y vienen.
Desde David contra Goliat
Desde las piedras que resguardan
las verdades del tiempo.
Desde las manos que descubren
un pan unos fueguitos
unas hebras de luz
en los sitios oscuros de la tierra.

El amor entiende las derrotas
y les habla como un viejo amigo, con su mar de semillas.
El odio es largo pero débil.
Si una mentira se repite mil veces parece una verdad
pero no triunfa si no tapa su rostro
con la piel tibia de los engañados.
Su fiesta es una farsa una impostura que no tiene fin
un disfraz de nada
cayendo
sobre nada.

BATALLA CULTURAL

El primer peldaño de la batalla cultural pasa por salir de la resignación existencial, y asumir que podemos vivir en un mundo más justo.

Después, entender que la única herramienta con que contamos para ello es la política, y dentro de ella, la democracia. Un hombre igual a un voto es la piedra básica de la igualdad; en ella se sustenta el futuro.

Descreer, por el contrario, de una economía terminada y estándar, donde con sumisión a ciertas leyes dictadas por y al servicio de pequeñas minorías adueñadas de la gobernanza (y los bienes) del mundo, se clausura cualquier alternativa de cambio, cualquier proyecto popular.

La cultura cohabita en la zona de tales conflictos. Puede ayudar a las grandes mayorías humanas, o las puede distraer, retrasar y destruir. Todos los días, en cada lugar, por parte de cada hombre, se calla, se trabaja, se sufre, se reprime, se discute, se cae, se renace, se vive, se muere, por eso.

Concepto y rol de la cultura

Un corte en la raíz:

“Hay que deshabituarse y dejar de concebir la cultura como saber enciclopédico, en el que tan solo se ve al hombre bajo la forma de un recipiente que hay que llenar y atiborrar de datos empíricos, de hechos mortificantes y sin hilvanar que él podrá después encasillar en su cerebro como en las columnas de un diccionario para después poder responder, en cada ocasión, a los distintos estímulos del mundo exterior. Esta forma de cultura es verdaderamente perjudicial. Sólo sirve para crear marginados, gente que cree ser superior al resto de la humanidad porque ha amasado en la memoria una cierta cantidad de datos y de fechas, que desembucha en cada ocasión para hacer con ello una barrera entre ellos y los demás”.

“El estudiante que sabe algo de latín y de historia, el graduado que ha logrado arrancar su título a la desgana, creerán que son distintos y superiores incluso que el mejor obrero especializado que realiza en la vida una tarea bien precisa e indispensable, y que vale en su actividad cien veces más que los otros en la suya. Pero ésta no es cultura, es pedantería, no es inteligencia, sino intelecto, y contra ella se reacciona con razón. La cultura es algo muy distinto. Es organización, disciplina del propio yo interior, es toma de posición de la propia personalidad, es conquista de una conciencia superior, por la cual se llega a comprender el propio valor histórico, la propia función en la vida, los propios derechos y deberes”.

“Pero todo esto no puede verificarse por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la propia voluntad, como acontece en la naturaleza vegetal y animal, donde cada individuo se selecciona y especifica los propios órganos inconscientemente, por la ley fatal de las cosas. El hombre es sobre todo espíritu, es decir, creación histórica, y no naturaleza. Y sólo de grado en grado, de estrato en estrato, la humanidad

ha tomado conciencia del propio valor y ha conquistado el derecho de vivir independientemente de los esquemas de las minorías. Y esta conciencia se ha formado no bajo el brutal aguijón de las necesidades fisiológicas, sino por la reflexión inteligente, primero de algunos y después de toda una clase, sobre las razones de ciertos hechos y sobre los mejores medios para convertirlas en señales de rebelión y de reconstrucción social".

"Esto quiere decir que toda revolución ha ido precedida de un intenso laborío de crítica, de penetración cultural, de adquisición de ideas a través de agregados de hombres antes refractarios y sólo ocupados en resolver día por día, hora por hora, el propio problema económico y político para sí mismos, sin lazos de solidaridad con los demás que se encontraban en las mismas condiciones. El último ejemplo, el más cercano a nosotros y por tanto el menos diverso de nosotros, es el de la Revolución Francesa. El período cultural anterior, el Iluminismo, tan difamado por las fáciles críticas de la razón teórica, no fue, en modo alguno, una expresión de enciclopedismo superficial, sino una magnífica revolución crítica e intelectual que constituyó la mejor preparación para los cambios que vendrían después".

ANTONIO GRAMSCI

("La alternativa pedagógica", México, 1998)

¿En manos de quién?

En el reino animal, lo que distingue al hombre es su visión sobre la vida que le resta, su noción de futuro. Y en armonía con ello, qué hace cada uno para estar mejor. Tal es el punto crítico. ¿Basta con el esfuerzo, el estudio, el trabajo de todos los días? ¿Basta con los deseos de buena suerte? ¿O existe un fondo real, que nos ayuda o nos relega?

Hay un pensamiento idealista que desconoce las realidades de cada sociedad. De acuerdo con él, es lo mismo crecer en un país desarrollado que hacerlo en uno pobre, vivir en la pobreza o en la opulencia, nacer de buenos padres o deambular, por el contrario, sin amparo ni estímulos. La verdad es otra. Hay excepciones, incluso hay genios que destellan luego de crecer bajo las peores circunstancias. Pero lo normal, lo que ocurre casi siempre, es que las grandes y pequeñas condiciones históricas influyen de una manera poderosa en cada destino individual.

Del mismo modo ocurre con los destinos sociales. No es verdad que cada gobierno, cada administración política de un país se comporte –obviando sus yerros y sus fracasos–, en beneficio del gran conjunto que lo habita. Lo normal es lo inverso, es decir, que lo hagan en beneficio de los poderes que lo han sostenido y lo acompañan, y no en beneficio de las inmensas mayorías, de los sectores más necesitados.

Los grandes medios de comunicación, en verdad, medios de construcción cultural en contra de los pueblos, establecen otro imaginario. Todos somos iguales, aunque ostensiblemente unos sean más iguales que otros, y se benefician en detrimento de los demás. Y hay algunas preguntas que, dado que encierran una respuesta muy clara e inequívoca en cuanto a la naturaleza de una sociedad, nunca se formulan o bien se falsean, hasta vaciarse de sentido, con los juegos radiales, televisivos, gráficos, de la estupidez. Por ejemplo, ¿cómo es posible que en un país de cuarenta millones de habitantes, donde existe la capacidad de producir

alimentos para diez veces más, haya millones de personas (incluyendo niños) mal alimentadas, desnutridas, condenadas a la insuficiencia mental crónica? ¿O por qué, una fruta, una verdura, cuesta en góndola diez o más veces que lo cobrado por sus productores? O mirando el mundo: ¿Por qué, los responsables del descalabro global causado por la bola de nieve financiera basada en la sobrevaluación de inmuebles, no sólo eludieron todo castigo sino que además se repartieron utilidades gigantescas? ¿Y por qué los Estados y los organismos multinacionales de control y de crédito, inyectaron masas inmensas de dinero para salvar a los bancos y no para mitigar la pérdida de la gente que se quedaba sin casa?

Todo se presenta, sin embargo, como un estado natural, un dato inexplicable de tropiezos y fatalidades, que supuestamente se producen al margen de las decisiones políticas. Y la misma política se presenta como una mala palabra, aplastada por la jerga de la economía, instituida como ciencia fulgurante y omnímoda, voceada por figurones del saber, tamboriles que solamente baten las reglas de oro del inmovilismo social. En sus dictados no existen soluciones sino cuadros tan intratables como la lluvia o las mareas; reclaman ideas educativas que nunca se instauran, y formulan promesas que nunca se cumplen. Por fin sólo aparecen las pruebas de un error que, por supuesto, nunca se aceptan.

Mientras tanto, el pensamiento instaurado, o sea el que la mayoría de la gente acepta y reproduce como algo irreversible, consagra que todos los políticos son iguales, que todos los gobiernos roban, y que cada persona está condenada a una vida incierta, llevada por buenos o malos vientos, resignada ante lo que no puede gobernarse, y esperando, en el mejor de los casos, los favores divinos o algún reflujó de la buena suerte.

¿Nada que hacer, nada que decir?

Frente a un pensamiento consumado, definitivo, no habría entonces nada que nada que hacer, nada que decir. Sólo atenerse a los dictados de aquella nueva casta de profetas modernos, los concedores de una ciencia esquivada, negada a los extraños, pero anclada para todos los tiempos, y todos los lugares, en unos pocas reglas que se imponen sin otra prueba que su repetición, tal como antes los curanderos decían que los parásitos intestinales se mataban con té de ruda o que la malva rubia era muy buena para el hígado o que la envidia se combatía con una ristra de ajos en la puerta.

Así operan los hechiceros de la economía que irradian el neo-liberalismo como una ciencia exacta, en base a una transparencia que nunca existe, una competencia que nunca compite, y un derrame bíblico que nunca se produce; todo ello a verificarse, espontáneamente, en una extensión de tiempo que jamás se revela.

La realidad indica todo lo contrario:

*El gigantismo de los monopolios ha eliminado la competencia.

*Los centros de poder mediático distorsionan toda la información.

*Ningún país se hizo grande renunciando a sus recursos estratégicos, ni exportando materias primas.

*La economía, basada en mercados sin regulación, funciona ostensiblemente mal, y sólo conduce a una concentración inmensa, y cada vez más desigual, de la riqueza producida.

*A contramano del aumento exponencial de la productividad, quienes viven solamente de su salario tienen que trabajar tanto o más que a mediados del siglo pasado.

*Actualmente, ya bien entrado el siglo XXI, cuando se debería discutir la reducción de las jornadas laborales, cuando se debería propender a una distribución más justa de los ingresos, se discute si el problema de

la economía no se debe, tal vez, a que los trabajadores ganan mucho y trabajan poco.

La historia, por supuesto, dice lo suyo: Si la mente del hombre pudo cambiar pantanos por tierra firme, pudo ponerle barreras al mar, pudo construir caminos sobre los ríos, pudo llevar agua al reino de las piedras, pudo hacer que una voz y una imagen se vean simultáneamente en todos los espacios del mundo, ¿cómo no podría hacer que una reglas injustas se conviertan en justas, que la más extrema desigualdad no sea la grieta del progreso humano, la fase consagrada e inmóvil de la opulencia y la condenación?

Contra toda desesperanza y toda monserga liberal, miremos un ejemplo, China. Si hace poco más de medio siglo era un país básicamente agrario, atrasado, dependiente, condenado a las hambrunas crónicas, y ahora se proyecta como la primera o segunda potencia del mundo, existe una respuesta. Todo reverso es concebible, y todo cambio se puede realizar, si se toman las decisiones correctas.

¡Oh, la política!

Del horror económico se sale con política. Pese a la impostura de quienes hacen la peor política –es decir, aquellos que no la necesitan y por eso la niegan–, no hay mundo, ni paz, ni desarrollo, sin una política de oposición, al servicio de las mayorías.

La política, como proyecto, como poder, como acciones y decisiones concretas, constituye una herramienta indispensable, tal vez la única posible. Antes que nada, como derecho a decidir –eligiendo, actuando, ejecutando– la organización de la sociedad que nos contiene. Esto es, la sociedad como una suma inmensa de personas y de familias que requieren una serie de normas y acciones para la mejor convivencia, y la mejor calidad de vida de todos sus miembros, en función de los avances magistrales de la ciencia y todos sus productos, que son conquistas de la humanidad, e integran, por eso, un patrimonio sin exclusiones ni fronteras.

Ello no se puede hacer sin política. Directa o indirectamente, todos hacemos política, por acción o por omisión, por acertar o por equivocarnos. Hay quienes no sienten vocación política, sea por la mala imagen de quienes la ejercen con mezquindad, sea por desconocimiento del verdadero sentido y las verdaderas posibilidades que nos puede ofrecer cuando trabaja para una sociedad más fraterna y más justa, es decir, cuando postula una ética de la solidaridad, donde, efectivamente, “la patria sean los otros”, y los más capaces ayuden a los menos favorecidos y los más fuertes sostengan a los más débiles. O sea, cuando la administración política de los recursos persiga el desarrollo general, y evite las terribles contradicciones entre la riqueza extrema y la pobreza extrema, que son caldero de resentimiento y violencia. Una sociedad, en suma, donde se garanticen los mismos derechos para todos, en la que cada hombre se precie por su valor humano y no por su poder sobre los otros, su capacidad de derroche o la fastuosidad de su vida.

Punto más, punto menos

Punto más punto menos, el 5 % de los hombres controlan el 95 % de la riqueza del mundo (activos financieros, maquinaria instalada, mano de obra disponible, bienes materiales e inmateriales vendibles). De ahí para abajo, está la grieta, la verdadera, la grieta madre de todos los conflictos visibles.

Los enfrentamientos que se viven por estar de un lado u otro... (por ejemplo, en materia de seguridad, ser mano dura o legalista; en educación, desecharla pública o privada; en el comercio, ser regulador o liberal; en atención sanitaria, pensarla para todos o para quienes pueden pagarla; y en general, todo conflicto temporal o durable, nuclear o accesorio, que ocupe, de modo cambiante, el interés de los pueblos)... son simples derivados visibles de aquel cepo estratégico, principal, que permanece oculto.

Un gobierno local no crea “divisiones”, punto de quiebre como “grietas” que se pudieran evitar; simplemente hace visible conflictos que ya existen, y que todo caso, van cambiando entre quienes defienden o rechazan ciertas cosas, pero nunca, ningún gobierno, de cualquier signo que sea, crea divisiones por el simple gusto de dividir. Simplemente realiza una elección entre opciones posibles.

Ni la riqueza ni los derechos derivados son iguales. Cuando los que poseen mucho dirigen el todo, la cultura neo-liberal mediática no plantea ninguna “grieta”; sino que relata, simplemente, el transcurso de una ley natural, un devenir lógico y atávico. El gran tema es cuando un gobierno pretende cierta nivelación, y que no siempre se ajuste por el lado más débil. Ahí es cuando el 5 % por ciento se desnuda, y enciende la mecha de la pobre patria dividida. Argen versus Tina, dijeron. (Tal vez, visto con ironía, no resulte incierto. Si excluimos a los "de abajo", los más pobres, los desocupados, los changarines, los marginados, los reclamantes, los invasivos, los promesantes, los amuchados, no habría más grieta; pero tampoco habría país.)

Pensar y no pensar

En otros tiempos, desde antes de nuestra era, los escritores, los artistas, los estudiosos de la vida y el mundo, captando las huellas de la historia y el pulso activo de los pueblos, preanunciaban las nuevas formas del pensamiento. Por decir, Esquilo, Virgilio, Dante, Milton, Galileo, Blake, Voltaire, Schiller, Marx, Goya, Nietzsche, Whitman, Eisenstein, Breton, trabajaban con ojos de futuro. Ahora, obviamente, no sucede lo mismo. En parte por renuncia de los mismos actores. Pero fundamentalmente por imperio de nuevas realidades tecnológicas y sociales.

Imaginemos, simplemente, un poema, en la maraña inagotable de Internet, y bajo la absorción hipnótica de los mercados de las armas, las finanzas y la palabra, congraciados con el fin de la historia, y que han devenido, por su poder absoluto y global, refractarios a cualquier aventura transformista, ¿qué caminos podría recorrer, que influencia sostendría? Todavía suele discutirse –como una especie de anuencia mínima– si el libro puede sobrevivir a Internet. Y obviamente, que sí puede, porque siempre siguen existiendo, tanto escritores, como pequeños espacios abiertos, pese a todo, a la reflexión y el debate de ideas. Pero no se trata de Libro vs. Internet, sino de algo mucho grave, de una densidad más honda y terrible; concretamente, el avance de otro imperio emboscado, intangible, difuso, que instrumentalmente, por medio de la redes de comunicación, y culturalmente, por un nuevo diseño de relaciones sociales, está impulsando a escala planetaria y a tiempo de vértigo la autodestrucción mental de los hombres, que es como decir, la derrota en algo que se había ganado, la lucha por la sobrevivencia –librada, con éxito, durante siglos–.

El dilema de la humanidad es ahora, como nunca, terminal. O se impone la sinrazón o gana el pensamiento. En otros términos, o continuamos por donde vamos, hacia el derrumbe, o decidimos como especie un cambio que nos devuelva la certeza de seguir existiendo. Mayor

igualdad distributiva o exacerbación de las insuficiencias de consumo hasta una escala catastrófica, que paralice la reproducción de bienes alimentarios y el desarrollo del conocimiento. Consumo irracional de los recursos agotables o planeamiento sustentable. Regreso a la economía de la producción de bienes y servicios concretos, o piedra libre para la magia financiera, que negocia activos invisibles. Aplicación de formas de energía limpia, o invasión del aire con dióxido de carbono, excediendo la capacidad de absorción por parte de todo el reino vegetal que todavía se preserva. Uso del agua mediante formas de reciclamiento o agotamiento irremediable. Justicia social o más violencia, delito, fanatismo y guerras. Medicina universal preventiva o mortandad en masa por desnutrición, epidemias, contagios y privación de medicamentos y terapias. Ciudades de tamaño humano, regidas por la convivencia armónica, o aplastadas por sobrepoblación, transformadas en cotos de salvajismo, asoladas por la drogadicción y el crimen.

No nos damos cuenta porque transcurre mientras nosotros mismos transcurrimos; pero estamos corriendo al lado de un monstruo que corre cada vez más ligero y nos arrastra. No hemos tomado distancia, ni temporal ni física, que nos permita ver sus verdaderas proporciones. Sin embargo, casi sin advertirlo, la mayoría humana está inhibiendo su facultad de pensar, y consagrando, por el contrario, un interés absurdo: La mayor cantidad de datos sin sentido, de afirmaciones improbables sobre cualquier tema, de chismografía vulgar, de competencia de vanidades, en suma, de infinitos mundillos frívolos y banales, cuando no directamente delictivos, fuera de los cuales pareciera que la vida no existe.

La inconsecuencia cultural

La cultura a veces se contagia. Deja de ser historia en plenitud –aquella historia que arranca con los hombres monos, cuando la sobrevivencia dependía de un esfuerzo común– y se vuelve plegaria y egoísmo en toda la historia posterior. Se olvida de los procesos, de la semilla, del tallo, de la flor, y se pega a un instante, el clic de una foto, la invocación de un milagro, una fiesta de promesas vacías.

Se olvida de aquellos que lucharon por un mundo humano. Se olvida de los imperios caídos, del sacrificio de los inocentes, las palomas que a veces impusieron la paz. Se olvida de Espartaco y de Lincoln. De los poemas goliardos y la Marsellesa. Del pensamiento de los cautivos en Nabucco de Verdi, del Guernica de Pablo Picasso, de la rosa blindada de González Tuñón. De Luther King y de Camilo Torres. Y se olvida de Brecht, ese que dijo: *“El peor analfabeto es el analfabeto político. Él no oye, no habla ni participa en los acontecimientos políticos. No sabe que el costo de la vida, el precio de los frijoles, del pescado, de la harina, del alquiler, del calzado y de las medicinas dependen de las decisiones políticas. El analfabeto político es tan animal que se enorgullece e hincha el pecho al decir que odia la política. No sabe que de su ignorancia política proviene la prostituta, el menor abandonado, el asaltador, y el peor de los bandidos, que es el político aprovechador, embaucador y corrompido, lacayo de las grandes empresas.”*

De pronto la cultura vuelve a las etapas de la superstición, de la magia, del no sé cómo pero seguro que tal vez, de la palabra de los falsos gurúes, la evocación de profecías en el tiempo de la cibernética. Y la casualidad desplaza los rigores de la causalidad. Un hombre que no sabe distinguir una mentira de una verdad, que no entiende que todos los hechos son parte de un proceso que ha tenido tanto su origen – como tendrá después su curso previsible–, un hombre que cegado por la incertidumbre pasa a la creencia de que todo es como es, y que nada tiene

remedio, es el peor de los electores posibles. Puede votar por un gobierno progresista o instalar en la urna sólo un sobre vacío, le da lo mismo. Le han llenado la cabeza con todo lo accesorio, lo menor, lo secundario, y ya no conoce las diferencias entre esa Nada y lo que importa, entre los actos que lo benefician y los actos que lo perjudican.

Normalmente se llega a instancias electivas donde quienes deben elegir han sido víctimas de todos los engaños posibles. Y la cultura de un pueblo, de una sociedad, que no es otra cosa que la suma de todos los errores que se han cometido hasta lograr que las cosas se hagan cada vez mejor –en todos los órdenes, desde subir pesos quebrando las espaldas hasta subirlos apretando un botón, desde morir de enfermedades hasta evitarlas con una gota de vacuna–, ha devenido una causa de todo lo contrario, la punta de un camino de regreso al pasado, lo peor del pasado.

Recuperacion ideológica

La cultura entonces debe salir del extravío, ubicarse otra vez en su trayecto histórico y volver al camino de las viejas preguntas, porque ahora casi todas, por más que se lo pretenda negar, tienen sus respuestas. Todo pasa por algo. Si con el sueldo no se llega a fin de mes, es por algo. Si no se consigue trabajo, es por algo. Si se destruyen bosques para sembrar soja, es por algo. Si un niño no estudia porque tiene que trabajar (o mendigar) es por algo. Si en los hospitales no hay remedios, es por algo. Si las políticas públicas se reducen a los estados monetarios, es por algo. Si del producto bruto de un país solamente importa la cuantía pero no su distribución, es por algo. Todo es por algo. Y aún los que no tienen problemas de ocupación o de ingresos, ni tienen deudas, ni tienen hijos sin escuela, ni acuden a hospitales, ni tienen otras privaciones visibles, también son parte de algo. Porque todo lo que falla, de algún modo, se les aproxima, y en tanto no sean de madera ni de piedra, les alcanza.

En un punto, los hombres que hacen la cultura, o sea todos, tendrán una elección, que nunca es la última, pero siempre se le parece. Será a favor y en contra de muchas cosas. En contra de inmolarse por mala información. En contra de las recetas de cocina de los economistas. En contra de la mitología del “todos juntos”, cuando las necesidades y los intereses son distintos. En contra de los riesgos del silencio forzoso, de los carros hidrantes, del garrote caliente. O a favor.

Contigüidad de la cultura

Así como todo pasa por algo, la batalla cultural se libra en todos los frentes. En la justicia para todos, en el cuidado del medio ambiente, en la escuela pública, en el valor de las comidas, en las calles abiertas, en los clubes de barrio, en las horas del arte, en las batallas por la paz.

La batalla cultural es parte de una lucha mayor, bien diferenciada, permanente, en torno a la distribución particular de la riqueza social, que a su vez acompaña lo más eterno de la condición humana, o sea, los trabajos para subir otro peldaño, acceder a un nivel de vida superior y procurarse, en general, un estado más satisfactorio, sin menguar lo bueno que se hubiese alcanzado. Obviamente, los protagonistas, cada uno de los habitantes del planeta, no están alineados de la misma forma; todos se ubican en distintos grados de tenencias, carencias, aspiraciones, desigualdades. La gran pregunta es, ¿cómo hace una pequeña minoría, para imponerse y decidir por miles de millones de seres que lo aceptan sin oposición? Lo hace ejerciendo distintos tipos de violencia, pero lo hace sobre todo con el soporte de una ideología que se proyecta en los procesos culturales, se sacraliza en los climas de “sentido común”, y se preserva en el santuario de las tradiciones estáticas.

La metodología de la penetración (y dictadura) cultural de quienes ejercen el poder en lo más alto de la cúspide posesiva, son las visiones de punto inmóvil, las fotos, y nunca los procesos que las preceden y los pensamientos que las cuestionan. La foto, por ejemplo, de la familia unida, muy sonriente y feliz, como modelo libre de todos los conflictos, tropiezos, frustraciones y esperanzas cargadas de tensión, que atraviesan, en su vida concreta, la realidad que las envuelve. Una imagen despojada de historia, es un cuadro de resignación y de acciones que se reproducen por simple inercia. Cada uno sostendría, entonces, desde la cuna, una “forma de ser, una costumbre”, y asumiría, de tal modo, todas las obligaciones y todos los riesgos que han sido establecidos por una ley o por un hábito común,

siguiendo el modelo que han impuesto unos pocos –justamente aquellos, “la menor minoría”, que solamente tienen derechos, sin reparos ni límite, y siempre están libres de cualquier peligro–.

Así, Juan, cualquiera Juan, dentro del determinismo cultural instalado, no puede ser otra cosa que la que es, ni aspirar a tener hijos que no sean, aproximadamente, lo mismo. Los bosques son madera para talar y no pulmones de la tierra. El agua potable no es el seguro de vida de la especie, sino un bien escaso, y por lo tanto, sujeto a las reglas del comercio rentable. Un indio, como Evo Morales, no puede ser presidente de un país. Y así, todo.

Desde las cimas del poder no rechazan la paz (a menos que las guerras sean necesarias). No son mala gente de raíz, sólo que no aceptan ceder algo ni entienden la suma de derechos que tienen los demás. En realidad –salvo su roce con unos pocos servidores directos– nunca están cerca de “los otros”, y por lo tanto no conocen ni la punta ni el filo de las angustias y los padecimientos de la gente real. Su paradigma es simple, el continuismo incrementado –esto es, la retención de sus privilegios absolutos, que creen tan intangibles como naturales–, bajo el trazo de las buenas maneras. En lo posible, sin ofender, sin golpear, sólo atrapando los hombres como a peces con las redes de una cultura global, penetrada por su ideología.

Un buen ejemplo sobre modelación cultural conservadora, lo tenemos de la mano de Coca Cola y Papa Noel. Cinco o seis décadas atrás, los 24 de diciembre, para los niños argentinos, llegaba “el niño Dios”; era un anticipo de los Reyes Magos, calladito, modesto, acorde con la imagen de quien había nacido sin lujos, en la estrechez de un oscuro pesebre, pero reflejaba un acto de fe, un valor religioso lleno de simbolismo. Sin embargo, en medio siglo, aquello se perdió; fue reemplazado por un anciano bonachón, que Coca-Cola montó sobre un trineo donde no existen los trineos, le arrojó gruesamente para una

fecha donde no hace frío, y lo convirtió en un tendero de otra fe, la del comercio. En paralelo, le dio panzazos a una religión que ya les resultaba ambigua, contradictoria, y desde su mirada –con pastores como Romero, Mugica, Angelelli, de Nevares y tantos otros–, mucho menos confiable. La televisión, por el contrario, se proyectaba como lo que es, la caja boba que concentra al padre, la madre, los tíos, los abuelos y la misa diaria de cada familia. Papá Noel se aviene mucho más con ella, y los candiles de un placer ilusorio, que un humilde sufriente como Jesús. Y también se aviene de mejor modo con los farsantes de la fe, los que van muy circunspectos a las iglesias, domingo tras domingo, para cumplir un rito de simulación. Y enseguida, tras cada suelta de perdones y una que otra limosna, salen con licencia para nuevos pecados.

Matando al perro no se acaba la rabia

Quizá no haya un ejemplo más claro de las fallas del sentido común, que cuando se trata de la seguridad pública, y las formas de combatir los delitos que golpean, sobre todo, en los núcleos urbanos. En ese terreno –como sucede con frecuencia cuando los hechos se contrastan con datos objetivos, cuando no se mira un instante sino los procesos, bien documentados, que los preceden–, la cultura del primer efecto trastabilla y se cae, dejando al desnudo su momento engañoso. Por eso, las acciones de la batalla cultural se proyectan de una sola manera, oponiendo al sentido común la cultura del buen sentido, el sentido que adviene funcional al progreso de las sociedades, el sentido liberador.

Una fotografía, es decir, el ojo que filma a un ladrón en la precisa instancia del robo, y en especial cuando el hecho se ha realizado con violencia extrema, con muerte, desata entre la gente sentimientos de furia y de venganza. Como un eco de aquellos tiempos del “ojo por ojo y diente por diente”, aflora lo peor de cada uno, el impulso de hacer justicia “por mano propia”, de matar al matador, o sea hacer lo mismo que se rechaza; con lo cual, obviamente, no se soluciona nada. El muerto no resucita y el matador del matador, el inocente impulsivo, destruye su vida.

No se puede poner un policía en cada casa, en cada esquina, protegiendo a las personas una por una, junto a todas sus pertenencias. Eso es materialmente imposible. La única forma efectiva de combatir el delito es evitar que se produzca, prevenirlo. Y para eso, es necesario atacar sus causas. Estudiar los modelos sociales que impulsan determinadas acciones; cuales son los valores que una sociedad prioriza y cuales son aquellos que descuida. Está sobradamente probado que, ni el aumento de los castigos, ni la rebaja en las edades de imputabilidad, ni la propia condena social, son suficiente para evitar hechos delictivos cuando alguien se siente con los motivos (o la desesperación) que llevan a cometerlos. Nadie nace ladrón, ni asesino. En comunidades de mayor justicia, cuando todos sus componentes han tenido oportunidades semejantes, y ninguno sufre grandes carencias, el delito es menor, se diluye. Muy pocos elegirían

“salir de robo” y arriesgar su libertad y su vida, cuando pueden estar en su casa, compartiendo los días con su familia, gozando de una mesa en de paz, y tejiendo los sueños que pueden realizarse. Nelson Mandela, hablando de “la nueva Sudáfrica” –la que había llegado a conducir–, celebraba los cambios positivos en materia de seguridad, desde que dejó de ser mirada como una punta de la represión, a cargo del ejército y la policía, y se la trató como parte de un proceso político, económico, social y de medio ambiente, y como tal, ligada con las necesidades básicas de cada persona. Por eso, si los gobiernos hicieran el trabajo que prometen hacer, y los habitantes pudiesen acceder a un trabajo digno, a una salud garantizada, a una educación igualitaria, no habría delito. O solo quedaría como un mal ejemplo, a cargo de los codiciosos irreductibles o los banqueros insaciables.

El buen sentido y el sentido común

Como dijimos, no son lo mismo. Para el *sentido común*, por ejemplo, cada persona es artífice de su destino. Y todo depende de su voluntad y sus habilidades; los ingresos de cada uno se adecuan a sus méritos. El *buen sentido*, en cambio, lo rechaza. Acepta, por supuesto, que hay rasgos diferenciales y que ninguno es exactamente igual a otro. Pero afirma que las personas se desarrollan, sobre todo, de acuerdo con las condiciones, los estímulos y los obstáculos, instalados en una sociedad. Los esfuerzos de un pescador serían inútiles, por ejemplo, si el hecho de pescar fuese afectado por la degradación de los ríos. Y en cambio serían provechosos si esa tarea estuviese promovida por leyes especiales, créditos blandos, apertura de nuevos mercados, etc. De igual modo ocurre con todos los quehaceres rentados, tanto sean industriales, mercantiles o de servicios. La retribución según los méritos, por su parte, tendría su lógica si cada individuo partiera del mismo sitio. Pero en la pura realidad eso nunca sucede. En una carrera de cien metros hay una mayoría que la comienza desde el principio –muchas veces descalzos y mal comidos– mientras que otros que lo hacen a un paso de la meta, saciados de todo. Si no existe una verdadera igualdad de oportunidades, los resultados jamás resultan comparables. Solamente miden –y con el tiempo agravan– las diferencias iniciales.

El *sentido común* escucha y repite que los precios aumentan por aumento en los sueldos y emisión de moneda por exceso de gastos. Lo asume como si eso fuera un nuevo mandamiento, algo puesto entre líneas en las dos tablas de Moisés. El *buen sentido* explica que eso no es cierto. La inflación se produce por causas muy complejas, y los gastos tienen distinta naturaleza. Un gasto para consumo en situaciones de estancamiento, cuando la oferta es abundante, puede reactivar la economía sin afectar los precios. En verdad los precios son afectados por otros mecanismos que nunca se mencionan. Las mayores ganancias empresarias por abuso de posición dominante, por ejemplo. O las maniobras especulativas por difusión de datos erróneos. O las tasas de interés usurarias que

perciben los bancos. O el ingreso de bienes importados desde países que promueven mano de obra servil. O la simple rapacidad aplicada por el mercado cuando la gente dispone de mayores ingresos. Un déficit fiscal no elevado, y mantenido bajo control, de ningún modo implica un caos inflacionario. Muchos países desarrollados funcionan así, y no por ello los precios se desbocan.

La gente con *sentido común* tiende a decir “tenemos”, sobre tenencias muy dudosas. Se refiere a su país y dice, tenemos trigo, tenemos soja, tenemos vacas, cuando en realidad, según refiere el *buen sentido*, todo eso que supuestamente se tiene, los tienen otros, que regulan su producción del modo que mejor que les convenga, la venden “adentro del país” al mismo precio que le aceptan “afuera”, y liquidan las divisas de acuerdo con los frutos que obtiene su presión en los tipos de cambio.

El *sentido común* convalida la virtud de los ricos. Y observa sin distingos la debilidad de los pobres. Esa dualidad lo perturba. Se hace, por eso, acomodaticio y dócil frente al poder. Y además no lo distingue de una manera concreta; lo suele confundir con los gobiernos, las fuerzas naturales, la justicia divina o la simple casualidad que le acuerda ventajas a cierta gente y unos cuantos países, mientras se olvida de otros. El *buen sentido* siempre trata de saber las causales de cada cosa, los errores humanos, las circunstancias naturales, las relaciones externas, que pudieron causar perjuicios indeseados, y del mismo modo discutir, estudiar, escoger, las ideas y los instrumentos que permitan una experiencia correctiva.

El *sentido común* es haragán, y siempre se inclina por la opción más fácil. Entre la magia y la memoria, prefiere la magia. Antes que afrontar los riesgos de un camino escabroso pero posible, prefiere refugiarse en el seno de quienes ya le han mentido. Y antes que aplicarse a pensar, repite las consignas que ya conoce, aunque haya sido erróneas, por simple inercia de repetición, o en ocasiones, por autoengaño de la vanidad, o sea, la suposición de atribuirse el estatus de quienes tienen intereses opuestos y se aprovechan y lucran con su confusión. Así, entre otros supuestos axiomas, el *sentido común* repite que los Estados administran mal, per

se, independientemente de quienes lo conduzcan y de los controles que puedan instalarse; que los subsidios siempre son malos aunque le aumenten el salario y ayuden al consumo –que es decir al empleo y la producción–; que quien no trabaja es porque no quiere –hasta que al dicente le toca padecerlo–, o que los extranjeros, por el solo hecho de serlo, son culpables cualquier mal, justo en un país donde todos, alguna vez, lo fuimos.

El *buen sentido* sostiene siempre lo contrario. Ningún avance de la ciencia, ningún derecho humano, ninguna necesidad satisfecha, fueron alcanzados sin lucha. Y así trabaja para entender, día tras días, cuales son las exigencias de cada nueva etapa. Sin embargo, ante la escandalosa desproporción en el balance de las fuerzas en pugna –en definitiva, por el reparto justo o distorsivo de los bienes del mundo–, tiende a ser pesimista. Ante una cúpula de saqueadores, que cuenta con medios y codicia sin límites, todo lo racional es pesimista.

El *sentido común*, por el contrario, tiende a desplegar un optimismo candoroso. Supone, sin hacer nada, que mañana, el mes que viene, el año próximo, las cosas van a estar mejor. Así cree que sería bueno tener un presidente rico, porque, “*como ya tiene, no necesita*”, cuando justamente, con abrumadora frecuencia, las grandes fortunas son la prueba más clara de una moral en ruinas; y de una épica salvaje, expoliadora, muchas veces sangrienta, la del robo.

(Cambio de banda)

No hay movimiento social, y muchos menos hacia arriba, sin política; pero tampoco la política es todo.

La cultura siempre tiene cosas por decir. La educación, la ciencia, la justicia, las cuestiones morales, ambientales, de salud pública, de recreación, de viajes, los hechos artísticos, etc., están atravesados por la cultura.

A veces, es cierto, se observa como un epifenómeno, un simple arrastre de algo previo y causante.

Por ejemplo, el traslado de las compras en almacenes de barrios a los grandes centros comerciales, que se fue consumando, en pocas décadas, como una imposición económica, por mejores precios, mayor variedad de productos o por opciones de pago diferido.

Pero otras veces la impregnación cultural, acompaña, refuerza, y en ocasiones, hasta precede, los cambios de otro tipo. El avance logrado, por ejemplo, en los derechos de la mujer, ha incidido, posteriormente, sobre la demanda de empleo, los costes laborales, la participación política o las relaciones de familia –en especial, la crianza de los hijos–.

Los estados y las aplicaciones culturales, y los debates inherentes, no tienen temas que sean descartables. Seguiremos, por eso, con cualquiera, el que se instale sobre las teclas; pero, al menos, con este aviso.

Meterse en todo

La cultura no es una parte de la vida social, independiente y escindible. Es, de algún modo, el ojo que ve y la mente que piensa la gran trama de sus vínculos y sus propuestas. No es un trazo diverso de la realidad, sino una forma representarla. Los programas de televisión, las campañas electorales, el tratamiento de la basura, los carteles publicitarios, la ropa que se usa, los libros que se editan y los que se pierden, los mensajes de texto, la suciedad de las acequias, el smog, las maneras de conducir, los hábitos higiénicos, todas los hechos, en fin, que se producen en torno al comportamiento humano, son cultura; es decir, acumulación de habilidades, conocimientos y deseos, que derivan de situaciones existentes, pero se ajustan y se modifican ante el surgimiento de nuevos datos y necesidades. Todo, desde una caña de pescar a un submarino atómico, desde un rollo de papel a una computadora, desde una obra de teatro a una forma de gobierno, forma parte de la cultura que los hombres se han dado y que integra su registro histórico.

Cultura no es solamente el cuadro de un artista. Es todo lo que antecede, acompaña y prosigue a su realización, el conjunto de circunstancias que hacen al proceso de producción: el precio de la pintura y de los alquileres, el estado interior del artista, las motivaciones externas, la temperatura social, los condicionantes de mercado, el estado de la demanda, su poder adquisitivo, sus gustos, etc. Eso le concede al cuadro, a cualquier obra plástica, literaria, musical, una multiplicidad de sentido. Expresa lo inmediato, lo que el artista quiso decir –hasta donde ello es posible– de un modo consciente, y a la vez, expresa una variedad de situaciones que lo acompañaron, y que no se hallaban en ninguna idea previa, en ningún boceto. Un derrame de petróleo en el mar, el robo de fondos de pequeños ahorristas, la invasión de un país, o esa infinidad

de otras cosas que marcan para la obra un lugar, un tiempo, un rumbo, una valoración, un olvido.

Esto derriba la visión sobre los límites temáticos que suele imponerse a quienes pintan, escriben, esculpen, filman o actúan. Si todas las circunstancias exteriores inciden sobre una obra, es legítimo, entonces, que nada quede excluido del horizonte del autor: Ni los productos ni las opiniones. “Yo no soy juez de la historia”, dijo, malamente, Rubén Darío, fijando para los artistas y los escritores, un espacio de auto-contención, que todavía, en muchos derroteros, persiste, cuando todo debiera inducir a lo contrario; por lo menos, cronista abarcador, elocuente y sensible. Quien convive con una guerra subterránea (o no tanto) por el control de los recursos globales, la contaminación ambiental, el recalentamiento del planeta, la extinción de los bosques, la formación (monopolista) de los precios o el control informativo de los grandes medios, no puede decir sobre esas cosas que mejor es callarse; mucho menos cuando se posee, por exigencias del propio oficio, un vasto cuadro de lecturas históricas, y por supuesto, una disposición natural hacia el trabajo del pensamiento.

¿Qué también sea válido la contención, el límite? Seguro. Existen artistas que aceptan diversas formas de marginación, de repliegue, y que lo sienten necesario para su trabajo. En esos casos, nada que objetar. Es parte de su libre elección, y quizá una premisa que sostenga su calidad. Pero no establecer, por el contrario, la contención como virtud, para imponer, como criterio de valor, el distanciamiento de un producto artístico con la historia que lo ha precedido o con los hechos reales que lo circundan.

La literatura y el arte han integrado, desde su origen, y través del tiempo, un ámbito de diversidad. Y aunque sea parcialmente, de credibilidad. Los gobernantes tienen un doble compromiso, absolutamente desequilibrado: le adeudan a quienes los votaron y también, de una manera menos visible pero más poderosa, a quienes han pagado sus

campañas. Los magistrados lo mismo, le deben al poder. Los profesionales de la información no pueden decir nada que afecte el interés de quienes los auspician. Ni los curas nada que desagrade al Papa... Así es como se observa, dando tumbos, entre silencios y filtraciones, y cada tanto, evidencias explícitas, la trama de la historia presente.

Entonces, si la pintura se convierte en decoración de interiores, la literatura en una narración de lo que no incomoda, la poesía en espejo de los seres abstractos; si la política se reduce a la economía y ésta se reduce a un simple técnica sobre supuestos inmutables, donde la suerte de los hombres deriva de un mandato natural y concluido, que se informa como un parte meteorológico, ¿en qué lugares, en que zonas del diálogo humano, se podría seguir buscando, una y otra vez, y otra, y otra, lo que se quiere conocer, lo que debería cambiar?

Un hombre, todos

Observar la historia de un país, aunque sea “nuestro país”, limita. Mejor es recorrer la historia de un hombre porque son todos los hombres. Cada uno puede tropezar con ellos como lo haría con arbustos de música o de lluvia. Pero mirar hacia el pasado enciende pedernales dormidos. De pronto nos decimos que aquí, sobre esta tierra seca, en medio de estas piedras próximas y ceremoniales, caminando en lo que era un matorral salvaje, vivieron otros hombres. Ellos abrieron un espacio sobre el que ahora se camina. Lo poblaron con árboles y pájaros. Le pusieron formas y colores, y dejaron dicho que las manos y las vestiduras, los bloques de adobe y las acequias, eran los latidos del arte concreto.

Ética del lenguaje

El periodista se instala frente a un monitor y desaparece, en apariencia, del mundo. En realidad el mundo se mete en su cabeza. Da vueltas en ella y le reclama explicaciones. De ahí salen, entonces, las palabras, aparentemente inocuas, cerradas, inocentes. Pero no tanto. Más tarde son leídas y quien las dijo se encuentra al otro día, en cualquier vereda, con otro ser sensible, pensante, interesado, que las confirma o las rechaza. Otro lector que se refiere a ellas por teléfono, en una carta al diario, en un mensaje de correo. Y de pronto, todo intimismo se ha perdido. El escritor cobra conciencia de las implicancias de su trabajo, y de la responsabilidad, ilimitada, que le concierne.

Lo escrito se ha leído. Se ha tomado noticia, por algún mecanismo, de tal hecho, y lo encerrado, lo conjetural, esa serie de palabras que habían trazado un discurso momentáneo, personal, uniforme y volátil, se han convertido en un hecho concreto, duradero, controvertido y público. En cualquier caso, cierre de un ciclo incierto pero posible, azaroso pero secretamente deseado, donde se define la verdadera sustancia de un impulso creativo, la conjunción de un hombre con los otros, y la prueba final y tangible de su endeblez o su firmeza.

Cuando se ha obrado con honestidad, confrontando la información, siguiendo el curso de una búsqueda intelectual propia, laboriosa, consciente y en armonía con una conducta, ajena a las conveniencias de un momento, el resultado final, el punto donde convergen escritor y lector, siempre será de fortaleza. Tanto en caso de que los comentarios recibidos sean de aceptación como si anotan observaciones secundarias o datos que salven omisiones y sirvan para un mejor rodaje del asunto. Pero también si hubiera réplicas importantes, fundamentadas, sobre la materia principal. Ello abriría el campo de nuevos estudios, compulsas, revisiones, y finalmente, como consecuencia de dicho proceso, un trato más certero con la verdad, con el respeto al otro, con el conocimiento,

que siempre se busca y se desea.

Pero hay casos distintos, donde se escribe sin costo ni riesgo.

*El infalible, que escribe para sí y no le importa en absoluto la opinión ajena. Se siente dueño de verdades eternas, y recibe cualquier observación o rechazo con absoluta indiferencia.

*El mercenario, el que escribe lo que su mandante le dice que tiene que escribir; ese que se halla al margen de cualquier opinión, y tanto dirá hoy blanco como mañana negro, según sea el precio de decirlo.

*El fundamentalista, que desconoce cualquier evidencia que perturbe su dogma.

*El abonado a la rutina que no acepta ninguna variación. Se censura a sí mismo y aunque sucedan cosas extraordinarias, nunca se aleja de la media común.

*El demagogo, escritor de ofertas; sólo comenta aquello que concuerda, supuestamente, con los intereses o expectativas del público.

Estas diferencias son inevitables; coexisten en una inmensa confusión. Por eso la necesidad de los maestros que las hacen visibles; ellos son, en definitiva, quienes determinan los grandes rumbos de la información y del conocimiento. Antes y ahora. Desde Mark Twain y José Martí, hasta Rodolfo Walsh o Ignacio Ramonet. O Tomás Eloy Martínez, que lo expuso con transparencia: *–El lenguaje del periodismo futuro es, ante todo, solución ética. El periodista no es un agente pasivo que observa la verdad. En el gran periodismo se deben descubrir los modelos de realidad que se avecinan.*

Esa voz que pica

La poesía implica un conjunto de lecturas y de relaciones vitales que sobrepasa la simple producción literaria. Junto a cualquier expresión escrita, existe una especie de “corpus poético” formado por quienes escriben, leen, hacen valoración estética, divulgan, y de una u otra manera se posicionan no sólo ante un texto, sino ante la inmensidad de situaciones que sacuden a diario la sensibilidad y las emociones de quienes participan en ese otro trabajo, vasto e incitante, que busca un lugar adentro de su propia vida. Es decir, quienes se preguntan “qué hacer” o “donde estar”, frente a la tierra en convulsión, los hombres obligados a relaciones miserables, las aves que se extinguen, las flores que han perdido sus mariposas de agua.

En la posibilidad de cualquier respuesta, aparece entonces la gestión humana, lo que se dice, se promete, se miente, se deforma, en torno a un medio ambiente y a una sociedad, su trazado político. Y en particular, de qué manera actuamos, o delegamos, o controlamos, o siquiera sea, nos informamos, adecuadamente, sobre las acciones prácticas que, dentro de un contexto social y un orden determinado, inciden, condicionan, o a veces, determinan, cada presente individual, cada conjetura difusa. Si viajamos o no, el precio de un par de zapatillas, cuando cobramos por un mes de trabajo, cuando hijos podemos tener...

Y entonces la lira reclama cuerda nueva. Cuando el poeta agradece, escribe sobre las estrellas, el pan, el agua, los ríos, los árboles, el cielo. Cuando siente su vida, habla del amor, los hijos, el trabajo. Cuando advierte lo externo que lo condiciona, y que no todo depende de la fortuna personal o del tamaño de su esfuerzo, no elude la política.

Hay algo peor, sin embargo, que eludir lo político. Es tratarlo mal,

y hablar por hablar, como repetidores de consignas falsas, negando testimonios, y hasta rehuyendo obligaciones mínimas de información, algo que debiera ser exigencia de cada persona, pero cuyo descuido, en un artista, es más inexcusable. Sería como si a un idioma le faltasen palabras y a una paleta le faltase un color.

Hay senderos históricos donde confluyen lo poético y lo político, en días que se piensan de gloria. Por lo menos, desde la primeras victorias de Espartaco, cuando los esclavos romanos se creían a un paso de la libertad, y estallaban en celebraciones de triunfo. Casi siempre han sido marcas efímeras, con más sentido simbólico, de proyecto, que de concreción. Pero ahí están, como huellas dejadas por la voz de los hombres.

El número como palabra

Cuando no había técnicas digitales, cuando ni siquiera había fotocopiadoras, la única herramienta para estudiar eran los libros. En aquella época aprendíamos que si pintábamos nuestra aldea, pintábamos el mundo. Hoy pasa lo contrario. Las nuevas técnicas de acceso al conocimiento han cambiado la tierra, le achicaron diez veces su tamaño. Si en China zapatean, en América tiembla. Las relaciones, ahora, son exactamente inversas. Si no conoces el mundo, no conoces tu aldea.

Muchas veces se cumple, por dispersión, por inercia, que no hay nada más invisible que las cosas que no quieren verse. Aún así, habría otra medida, otra palabra, otra dureza, la del número. No ver pero contar. No corderos para dormir sino elementos para despertarse. Cuantos desocupados, cuantos megavatios, cuantos kilómetros de gasoductos, cuantos de caminos, cuanta deuda pagada, cuantas escuelas, cuantos aviones, cuantos trenes, cuantos incluidos, cuantas toneladas de cereal, cuantas de sueños.

Tierra y camino

Cuando los poetas idealizan determinadas situaciones concretas, cuando proyectan desde su interior formulaciones generales, están probando en realidad las variantes de un juego, algo que apenas encubre una duda inmediata, una pregunta en espiral. Pero lo incierto es a veces tan bello, deja libre tanta emoción, y compone de tal modo los verbos, los climas, que hay frases que caen y se propagan como un axioma irrefutable. Por ejemplo, cuando Antonio Machado le dice al caminante, que no hay caminos, que sólo se los hace al andar, ¿quién no lo tuvo como una consigna memorable, otro puente hacia un rumbo de palabras invictas? Y sin embargo, si lo pasamos por la tamiz de la razón, la cosa cambia. Ese renglón habrá de resistir, nos ha ganado por su magia. Pero también le vamos a sumar lo contrario, es decir, las circunstancias que se alejan del sueño y se confrontan con nuestra experiencia, con tantas huellas que otros hombres abrieron para nuestro paso. Poesía numérica con matemática sensible. Así veremos que los caminos se han hecho siguen tan abiertos al deseo, a la imaginación, como al influjo de la tierra vivida, de la historia.

A los costados, afuera, adentro, sobre las piedras socavadas, entre los ríos de pájaros, un poco antes de las voces humanas, está la poesía; que no decide nada pero acompaña todo. Todavía existen hombres imprevisibles, que se hincan ante fuerzas desconocidas, se contagian fuego por los ojos, precipitan su muerte por designios ajenos y se alejan de la vida cantando. Y hay otros hombres infalibles, exactos, dispuestos en los altares de la ciencia, que miden la materia, el agua, las distancias, con rigor geométrico, pero se olvidan de hurgar los horizontes que dejamos atrás, los errores humanos, la necesidad de revisión y de pausa.

La vida no empieza con nosotros, viene de antes. Hay un recorrido infinito de necesidades y curiosidad, de indagaciones reveladas, de

persecuciones, luchas, derrotas, hallazgos, ejemplos, idiomas, conquistas, leyes, poemas, medicina, que nos han desbrozado, demarcado, las sendas por venir. Siempre habrá distancias por recorrer, nuevas, incitantes, agotadores, con sus días de júbilo y abatimiento. Pero hay camino.

La barbarie y el viento

La poesía consiste en buscar un rasgo de belleza, una irrupción de sentimiento, cada tanto un poco de verdad y justicia. Algunos poetas, a veces, consiguen dejar un rastro, una señal, que es vista o es oída por otros hombres. Aún cuando suceda, eso es efímero, como un viento, que un día está y más tarde desaparece. Sin embargo, ¿qué sería de la tierra sin ese viento que le habla, la limpia, la remece!

La perpetuación de la propiedad privada, y en general, de la barbarie distributiva, requiere más de la distracción que del pensamiento. Los relatos que sólo buscan “entretener”, que se complacen con la vaguedad, el conformismo, se adecuan mucho mejor a las fórmulas masivas. La novela de nuestro tiempo alude o acepta como naturales los aspectos más deplorables de la cultura moderna. Cuestiones que a los poetas les resulta mucho más difícil proponer, porque no pueden servirse de terceras personas ni alzar el escudo de la pura ficción.

En la poesía no se puede delegar dichos y acciones en otros personajes, como sucede en la novela o en el teatro. En la poesía el personaje es uno solo, el poeta. Cada vez que habla se desnuda. En eso consiste su debilidad, pero también su fuerza.

Un tallo, cien flores

Los pequeños milagros cotidianos transcurren como el agua. Sobre tal masa residual, esos sedimentos de la vida diaria, se mueven las naves donde anidan los poemas.

¿Formas? Todas las formas son admisibles cuando la calidad del contenido las justifica. La línea que define otro horizonte o un simple plato vacío pueden ser poéticos. Pero nunca habrá inventos o poesía bajo condiciones de absoluta obediencia o absoluta cordura. El conformismo inhibe la posibilidad de creación.

Cada necesidad de expresión tiene su diseño. Lo esencial es siempre la coherencia, el modo de mirar las historias humanas. La confluencia de una mirada y un relato propio, define la estética de cada uno. La poesía, por su matriz de sugerencias, es una herramienta dúctil, amiga del mayor equilibrio. Exige decir algo, pero al mismo tiempo no decirlo todo. La poesía es insinuación pura. Muchas veces abriendo, simplemente, un verdor, una puerta, unos labios que aguardan.

Se trata de hacerlo, como si fuese la manera final; como si lo dicho antes sólo hubiera sido una aproximación a lo buscado. No es posible, por supuesto, cambiar el modo de que un hombre nazca, pero cada nacimiento puede celebrarse de mil formas distintas. Y eso un poeta lo sabe; su oficio consiste, justamente, en hallar actos, voces, movimientos, inadvertidos.

El ofrecimiento de una nueva forma es, en definitiva, otra manifestación de la voluntad de búsqueda del hombre, de su curiosidad infinita. Siempre frente al mar se ha querido descubrir lo que había más allá del agua. Frente a las montañas, lo que se vería después de atravesarlas. Frente a la inmensidad del espacio, la cara oculta de la luna, las primeras estrellas que descubre la noche. Frente a la suma de todas las palabras, las palabras que faltan, las que pueden juntarse para soñar lo que no se posee, para morder, por fin, lo que todavía no tiene explicación.

Entre líneas

Una lectura entre líneas y más atrás de la línea, que eluda tanto los discursos de barricada como la metralla mediática, nos pondría a salvo de absorber y transmitir algunos yerros ostensibles, por el simple arrastre de consignas que no tienen sostén. *Todo lo de afuera es mejor, si hubiéramos sido colonia inglesa ahora seríamos como Australia o como Canadá, la enseñanza privada es mejor que la pública, una buena cosecha y arreglamos todo, etc.* O sea, básicamente, tratar con excesiva simpleza ciertos temas de gran complejidad. Por ejemplo, los procesos de creación de empleo, comprometidos, severamente, a nivel mundial, por el crecimiento de las poblaciones, el avance tecnológico, la robotización, la informática, con su enorme fuerza destructiva de las manos del hombre. Y que sin embargo, en discusiones muy ligeras, suelen reducirse a una cuestión de voluntad, como si todo fuera holganza o esfuerzo.

Un escritor, un poeta, no tiene porque ser epistemólogo. Pero tampoco puede repetir tonterías, y desconocer algunas diferencias esenciales. El instante que captura una foto no es lo mismo que la suma de instantes, el recorrido sinuoso, de una filmación. Un diseño de políticas públicas coherentes, no garantiza la solvencia de unas cuantas personas que las dirigen y las ejecutan. Ni es lo mismo una maceta que un florero de manera que no pueden compararse cosas que no son homogéneas, ni en su naturaleza, ni en su extensión, ni en su lógica matemática; y admitir, entonces, demandas contrapuestas, como ser medidas para recaudar menos con medidas para gastar más. O batallas contra el narco-tráfico sin control de los mercados de cambio, o sea, aceptando el lavado y la fuga (libre y limpia) de divisas hacia paraísos fiscales. O pensar que una terrible discusión financiera puede resolverse con buenos modales. Eso no es criterio político, es ensoñación o farsa.

Ideósfera

Roland Barthes –el escritor, filósofo, semiólogo francés–, introdujo el concepto de “ideósfera”, aplicado al lenguaje. Se refería a una zona de contenido ideológico, con tal fuerza de cohesión, que la hacía integrada y durable. Por medio de su aceptación común, y su persistencia en el tiempo, un determinado lenguaje se convertía en el motor de las comunicaciones de una sociedad, no tanto por lo exacto de su estructura sino por el peso y la consistencia de los hábitos reproductivos. Es fácil notar su persistencia en las maneras propias, específicas, con que determinados grupos de personas, se comunican entre sí, y que conforman rasgos grupales típicos. Una clase de ropa, una coincidencia cultural, un interés común, cualquier clase de preferencia que los distinga, en tanto ejerzan la misma profesión, adhieran al mismo credo, sean miembros de la misma comunidad sexual o practiquen el mismo deporte.

Tal vez, tales preceptos integradores, podrían alcanzar a una nueva franja de relaciones, construida, poco a poco, por los imperios mediáticos actuales. Esa suerte de “ideósfera mediática” captura lo peor de cada uno, lo que tenemos, en mayor o menor medida, de agresividad, resentimiento, envidia, y menosprecio por aquellos que suponemos una gente inferior, y le agrega algunos condimentos inductivos, como –paradójicamente– la puesta en valor de la no-política, la comodidad de no tener que pensar y valernos en cambio de un discurso resuelto, de no escuchar a quienes piensan distinto, no comparar datos ni fuentes de información, no privarse de la sencillez con que se puede transformar la chismografía ramplona en una categoría política, estar libres del menor esfuerzo demostrativo, y ser partes, por el mismo precio, de una esfera comunitaria virtual, donde todos dan por sabido y aceptado el mismo lenguaje, los mismos códigos, las mismas referencias, que provienen de una sola fuente, la del medio hegemónico.

Ello cultiva, al mismo tiempo, una ilusión de pertenencia. Cualquier

ser anónimo puede sentirse vinculado, por su imagen, su estilo, su discurso, con personajes ricos y famosos, a quienes desea parecerse; y así, impulsado por su andamiaje levadizo, asume dicha cercanía como una llave de acceso, siquiera figurado, a estadios superiores. Eso ayuda a instalar un falso pensamiento, una vara de medición errática y perversa, que se aplica de un modo u otro según sean los hechos o las personas que se comparan, con una sola fuente que unifica y difunde los mensajes en serie, en las mismas pantallas, con el mismo papel, en pos de los jinetes de un nuevo apocalipsis, los profetas que putean y escupen como cualquier borracho pendenciero.

Esta “ideósfera” cuenta con todas las herramientas –económicas, mediáticas, y de representación política– para ejercer influencias decisivas. Tiene capacidad, como mínimo, para imponer o congelar leyes, y en casos extremos, elegir gobiernos obedientes o buscar destruirlos –muchas veces con éxito– cuando se le oponen. Además actúan, de una manera sistemática, para imponer determinados climas sociales, que son recibidos e incorporados, mayoritariamente, como un santo oficio de la verdad. Ante gobiernos adversos instalan la convicción, por ejemplo, de que se vive en estado de “crisis”. Y que tantos errores, en la mano de los mismos causantes, ya no tienen remedio.

Destruyen la propia semántica del término, y lo aplican en todo momento, sobre cualquier tema, como sustrato de los peores pronósticos. Así convierten un hecho no corriente, para el que deben confluír una gran cantidad de afectaciones graves, durables, expandidas y peligrosas, en un hecho constante, natural, simplificado, que se adhiere al lenguaje cotidiano y social. Aún existiendo infinidad de datos y pruebas en contrario, la gran mayoría de la gente sucumbe ante un error que la golpea todos los días, en todos los ámbitos, por todos los medios. Primero recibe, y después comparte, una realidad mediáticamente modificada, fragmentaria, incompleta, construida con espejos quebrados, esencialmente falsa, en la que, sin embargo, se incluye.

De pronto, cualquier bueno vecino concluye aceptando, y transmitiendo que:

Regular es Controlar

Dirigir es Imponer

Contestar es Atacar

Recuperar es Confiscar

Explicar es Confundir

Requerir es Amordazar

Lealtad es Obsecuencia

Convicción es Obstinación

Rectificar es Vacilar

Experimentar es Improvisar

Y así, los verbos que sean.

Lecturas de futuro

El paso posterior es un salto hacia la incertidumbre. O sea, “*si seguimos así, sólo puede suceder lo peor*”. Es obvio que todo futuro siempre ofrece algún grado de incertidumbre. Pero eso tan solo se puede avizorar, con alguna justeza, sobre la base del presente. Aún en situaciones críticas, lo exigible es conocer a fondo sus causales, sus responsables, las soluciones que podrían aplicarse. Nunca realizar “lecturas del futuro” sin estudiar los problemas más graves y aquello que los produce o condiciona; lo contrario sólo sería empezar de nuevo para repetir lo mismo. Y esto es justamente lo que sucede.

La consigna central de la cultura hegemónica es frustrar los proyectos de cambio, o imponer soluciones violentas para problemas falsos. Este diseño no tiene fronteras. En el comienzo del milenio, se hizo caer sobre un país un diluvio de fuego –bombas de uranio enriquecido, de fósforo blanco, de napalm, en racimo– y se causó la muerte de cien mil, quinientas mil personas (¿cuántas en verdad?) para eliminar armas de destrucción masiva que nunca existieron. Previamente, la prensa del mundo, supuestamente independiente, había sembrado en la conciencia pública de media humanidad, que aquello era cierto y que los daños potenciales no tenían medida. Así escondieron los reales motivos de una guerra y crearon las condiciones para desatarla, de una manera salvaje, asimétrica y sin ninguna justificación (en el supuesto de que un genocidio de semejante magnitud pudiera tenerla). Así que, primero, la literatura se hizo parte del crimen. Y después, lo siguió siendo en su reseña y en sus conclusiones. Todo se redujo a confesar que no había armas químicas; y después a exculparse: *–¡Este Sadam! ¿Qué manera de confundirnos, no?*

El error se paga

Los diálogos son inviables cuando una de las partes no se planta sobre un lugar preciso ni expone sus propuestas. El prolífico no puede con el destructor cuando éste viene armado con ceguera y con hacha.

La negación, el desprecio por la política (y los políticos) es instalado por aquellos que para gobernar no la necesitan. O sea, esos que la ejercen de hecho. El error se paga. Arnold Toynbee, el renombrado historiador, lo dijo a su manera: —*El mayor castigo para quienes no se interesan por la política es que serán gobernados por personas que sí se interesan.*

Un escritor, un artista, no se podría negar información sobre la tierra en donde vive. Aunque no le interesara la política, debería indagar en lo que yace debajo las formas, lo que no puede verse con facilidad, la maraña que ciega la vida de los pueblos, que son su vecindario, el comienzo y la réplica de su arte y sus palabras.

La no-neutralidad de los medios de comunicación, lo aberrante de la forma en que se distribuye la riqueza social, las falsas categorías con que se clasifica a los hombres –no trabajador, no leal, no altruista, etc., sino adinerado, moderno, famoso, triunfador– no son historias de otro cosmos. Una identidad social irreflexiva, sin discernimiento ni ecuanimidad, es una tragedia que ya nos alcanza. Y hay silencios que son complicidad.

Una legión de cautivos se considera libre. Pero adopta la fe de los bárbaros. Los peces que están en la pecera, creen que están en el mar.

Montajes de perversión

Una vez fijadas las molduras básicas, las acciones se limitan a copiar y pegar. En su respectivo tamaño, en sus coordenadas de tiempo, los mensajes escritos, los diarios, las revistas, las pantallas de televisión, los portales de los sitios web, etc., ametrallan a los ciudadanos con nuevos Mandamientos, que determinan los temas de interés, las prioridades históricas, las distracciones obligadas, y se pica la carne de aquellos a quienes se acusa, se procesa, se juzga y se castiga, todo a la vez, sin apelaciones posibles.

Leyendo los aportes de presuntos lectores, al pie de las noticias que difunden, por Internet, los medios informativos, cabe el dolor de vernos en la más triste regresión, caminando sobre cuatro patas. El insulto soez, la sospecha grosera, el agravio infundado, las analogías disparatadas, la simple y llana mentira, compiten sin la menor contención, ahogando cualquier intento de análisis racional, de confrontación de ideas y argumentos. Así es que observamos en la red, con total impudicia, el cuadro más regresivo de incultura política, de barbarie.

Pero, ¿hasta qué punto esa competencia deriva, aún dentro de su carga de agresión e insanía, de un ejercicio natural? ¿Es realmente espontánea o inducida? ¿Es auténtica o es la consecuencia de un plan, un montaje perverso, por el cual cada medio instala en la expresión de terceros sin nombre, sus proyecciones propias, esas que, por el negocio de las formas, no puede exponer de una manera directa?

La población adormecida, después repite lo que dictan las voces devenidas paradigmáticas, las de unas minorías, pero llevadas a propagarse, como si fueran del interés de todos. Así, cualquier prevenido reproduce como verdad indiscutible, que toda emisión de moneda produce inflación, que las políticas de control de precios son ineficaces, que no se puede distribuir, que el Estado es mal administrador,

que todos los desocupados son vagos, que todos los adolescentes son sospechosos, que todas las decisiones humanas son absolutamente personales y libres de un contexto social. Algo, algunos, se convierte en siempre, en todos, al servicio exclusivo de los que nunca distribuyen, los que nunca dialogan, los que nunca pierden.

¿Se acuerdan de Malcom X?

Él dijo, cincuenta años atrás: *–Si no estáis prevenidos ante los medios de comunicación, os harán amar al opresar y odiar al oprimido.*

Se nos reviene: Nada más triste que ver a un sometido besando la mano que lo azota.

Poemas andantes

Sarmiento, explicando que la pampa era un libro que se debía escribir con árboles, importando telegrafía, trenes, maestros, técnicas agrícolas, moreras y gusanos de seda, delirando por un desarrollo para el cual no había clase social que lo impulsara, sembrando escuelas, luchando a brazo partido contra los apacentadores de vacas, los negociados de la deuda externa, los estancieros de la ganancia privada fácil y el atraso público, aquel “loco” Sarmiento, ¿se puede explicar sin la poesía?

El cruce de los Andes, donde los hombres, los caballos, los cañones, se iban perdiendo sin librar siquiera una batalla, ¿se puede explicar sin la poesía?

Un dictador, un testigo falso, un charlatán de feria, se puede explicar por ciertas impurezas humanas, el deshonor y la codicia. Pero, ¿cómo se explica la lucha interminable, la de David contra Goliat, la derrota y la resurrección continua, sin poesía? ¿Cómo se explican Gandhi, Luther King, Guevara, Lumumba, Allende, Mandela, Evo Morales, sin poesía?

Y al revés: Miguel Hernández, Nazim Hikmet, Yannis Ritsos, Neruda, García Lorca, Cardenal, Pavese, Roque Dalton, Gelman, Paco Urondo, ¿se pueden explicar sin política?

Palabras cambiadas

En otra lectura, quizá nada más abstracto que el concepto de libertad. Carece de sentido si no se dice “para qué”. El escritor, traductor, y también fino humorista brasileño Millor Fernandes, lo decía con fidelidad a su estilo: —*Expulsada de todas partes, viviendo siempre hambrienta, teniendo que subsistir sin residencia fija, apuñalada aquí, estrangulada allá...es ridículo representar a la libertad como una mujer hermosa con una antorcha eternamente escondida en la mano, con rasgos delicados y una expresión serena y altiva. La libertad es un perro vagabundo.*

Lo mismo pasa con la Democracia, una de las palabras más utilizadas y menos cumplidas de nuestro idioma. Que cada uno invoca cuando le conviene y rechaza cuando le afecta. Un amigo nuestro era el dueño del único supermercado del pueblo. Defendía la prescindencia del Estado y el descontrol de los precios. Defendía la democracia que lo defendía a él. Hasta que se instaló otro negocio igual pero más grande. Entonces reclamó la mediación pública, que la Intendencia interviniese, que la nueva tienda no fuera habilitada. Seguía defendiendo la democracia, pero otra.

No son casos aislados. La democracia se suele guardar (y medir) en los bolsillos.

Se habla mucho de democracia pero ella no existe sino como tendencia. No pasa de ser, para muchos de sus defensores, un ejercicio electoral.

Decirle al hombre sin trabajo que tiene derecho a “elegir”, es una broma de mal gusto, casi macabra.

El aguante

A veces, una misma palabra, genera lecturas contrapuestas. Notemos, por ejemplo, una cultura de tensiones, del “aguante”. ¿Quiénes aguantan? El hombre que todos los días, con lluvia, con frío, sale a trabajar, y nunca le alcanza lo que gana. Ese aguanta. La campesina que rotura el suelo, lo desmaleza, lo siembra, lo riega, con sus hijos a cuestas. Esa mujer aguanta. El tomero que camina en las noches de invierno, sobre la hierba helada, para encauzar el agua. Ese hombre aguanta. Los centenares de presos en Guantánamo –o en cualquier centro de torturas del mundo–, víctimas de todo, vejaciones, negación del sueño, encierro en micro-celdas, golpiza con destellos hirientes, música atronadora de rap, vejaciones sexuales y humillaciones psicológicas continuas. Esos aguantan.

Esgrimir el “aguante” porque sí, de cualquier modo, equivale a sostener la infalibilidad propia y el error ajeno. Implica, en rigor, el desconocimiento de los otros, y resulta exactamente lo contrario de la inclusión y de la tolerancia. Cuando “el aguante” se convierte en un argumento político, la sociedad funciona dando tumbos. Y el espacio del pensamiento cede ante los embates de la propaganda. La diferencia es obvia. Pensar requiere informes objetivos, confrontación fundada, estudio. Y su resultado son opciones para la construcción de un país. Por el contrario, opinar, siguiendo el rumbo de los vientos, opina cualquiera. La consecuencia es otra confusión. El “me parece” de cada uno triunfa sobre los datos de la realidad. Y se olvida, entre los cánticos y los aprietes, que cuando se discute por cosas trascendentes, no importa el que tiene “más aguante”, sino el que tiene más razones.

Deivid y Pablo

En los extremos más finitos que nos demarcan de qué lado de la vida estamos, se oponen la visión egoísta (yo soy lo único que me importa) y la visión social (yo soy parte de todos). David Rockefeller lo expresó así: —*La sociedad capitalista es una meritocracia genéticamente determinada, la riqueza y la posición social son función directa de la inteligencia (...) el desempleo se hereda de la misma forma que la mala dentadura.* Por el contrario, poetas como el chileno Pablo de Rokha lo invirtieron, hasta con un sesgo de provocación: —*Donde hay un motor encendido y gigante; y donde hay una fábrica estupenda y gloriosa, y donde hay un palacio de cemento y de sangre o una gran muchedumbre de huelguistas hambrientos, vosotros veis a una princesa que llora.*

Se puede estar con uno o con el otro, pero no con los dos. El punto medio es un engaño; sólo existe como doblez, cuando se dice lo segundo pero se siente lo primero.

Néstor y Juan

Los dos fueron artífices de cambios fundamentales, puntos de quiebre de la historia argentina. Los dos llegaron y crecieron desde pasados difusos, dando lugar a discusiones que nunca habrán de cerrarse. Pero los dos estuvieron en el momento justo para producir cambios de tanta magnitud, que situaron a las grandes mayorías populares frente a perspectivas que, muy poco tiempo antes, parecían impensables. Distribución más justa de la riqueza, impulso de la industria nacional, voto femenino, control por el Estado del comercio exterior, y sobre todo, evolución de la conciencia social desde la fase de la dádiva hacia la fase del derecho legítimo, en los gobiernos de Perón. Y regreso a las mismas fuentes, más memoria, verdad y justicia, respeto a la diversidad cultural y unión latinoamericana, en el período iniciado por Kirchner, después de medio siglo de regresión en los derechos sociales y la equidad distributiva, dentro de un contexto mundial que había impuesto para el país la dependencia comercial, económica, financiera, científica y tecnológica.

Los dos, hasta en su ligadura con mujeres tan excepcionales como Evita y Cristina, han sido partes necesarias de un mismo derrotero de cambio. Néstor no hubiera sido posible sin Perón. Y éste, sin la irrupción de Kirchner, no hubiese completado el ciclo de su legado histórico, comprometido por emergentes como Menem o López Rega. Con los años se habría convertido en otro ilusionista, un constructor de ascensos populares fugaces, un Irigoyen.

Esta reflexión bordea la muerte de Néstor, Lupín, el Flaco, el alquimista que se metió en el barro de la política para sacarle sus pepitas de oro; tiende a situarlo en el sitio que tal vez, la cercanía con su tiempo –por otra parte, demasiado breve– no permite avistar, el de los argentinos fundamentales.

Homo economicus

Igual que un poeta abstracto, que nos dice parrafadas incomprensibles, en política también hay profesionales de la confusión, y la incoherencia. Contra ellos, y poniendo énfasis en los economistas, Arturo Jauretche aconsejaba: —*Si no entiendes lo que dice, pedí que te lo explique de nuevo. Si continúas sin entender, es porque te está jodiendo*—. Vale también para los escribas “independientes”, que afinan su discurso según la cuerda de quien les paga.

Así es la economía real. Doblega cualquier alternativa de justicia. Bajo su imperio, se destruye la naturaleza que la inteligencia condujo a dominar y la barbarie trabaja para perder. Son los bárbaros. Crean las tentaciones y luego los castigos. Crean las condiciones para la expansión de las enfermedades, pero privatizan los medicamentos. Crean la prostitución y después denigran a quienes la ejercen. Cuestionan la riqueza pública pero la gozan en privado. Autocomplacientes con el engaño, dicen o respaldan lo que saben que no pueden cumplir.

El liberalismo originario promovía la competencia. Su desarrollo llevó a los monopolios. Ahora se produce una necesidad que se resuelve con la razón de los bárbaros, o sea con ninguna razón. Es el neo-liberalismo, la franquicia de los monopolios para ser monopolios, eliminando precisamente la libertad, el principio que una vez esgrimieron. Conducen el barco, con la gente en el agua.

Las derechas

El gran problema de la política moderna es que las derechas han perdido sustentación ética y validez programática. Sólo puede ofrecer infinitos montajes que agravan los males. Esa debilidad los hace potencialmente violentos. Les duele escuchar. Y en sus extremos de choque, no cuenta adversarios sino enemigos. Con un adversario se discute, lo cual requiere argumentos; con un enemigo se pelea. Y se le dice No. No a las igualdades. No a los reclamos de justicia. No al control de precios. No al cuidado de los recursos sustentables. Y cada No se fundamenta con una ley o con su contraria. Y si no alcanza, con el terrorismo, en la escala que sea suficiente. Un golpe de estado constitucional, o un concierto de bombas.

Eso es la consecuencia de un proyecto económico que no es para un conjunto sino para una parte. Miles de millones de personas son vistas como números; privados del empleo por la tasa marginal de ganancia, de la educación porque es un gasto, de la vivienda porque son muchos, de la salud porque sobran. Hay que oír a todos los alumnos de Milton Friedman cuando se paran frente a una cámara y lo explican sin eufemismos, con absoluta sinceridad. Dicen, dos más dos son cuatro, la economía no conoce otra cuenta, ¿qué podemos hacer? Y si alguien les pregunta por la gente que sobra, dicen, eso no lo sabemos, ni es algo que importe, la economía no es una ciencia moral.

Pero no es cierto. Si no sirve a todos es una ciencia impura, defectuosa. Además, hay muchas pruebas de lo contrario. Años y naciones enteras, en que no fue así. Cuando los hombres se dijeron, como primera pregunta, *¿si esto no alcanza como hacemos para agradecerlo?* Y lo hicieron. *¿Cómo evitamos que haya gente sin pan y sin techo, afuera de la vida?* Y lo evitaron. Sólo se trata de pensar mejor, como familia de todos los humanos, y no como un juego que demanda víctimas contra una oferta de pólvora y saqueo. Sin inclusión, sin capacidad de discernimiento, sin igualdad de posibilidades, la democracia y la justicia tambalean. Y con ellas, el mundo.

Días perfectos

La ciencia descubrió dentro de un cuerpo visible la existencia de otros que no pueden verse, los átomos. Después, adentro de éstos, descubrió electrones. Y la mecha no dejó de zumbar. La poesía se le parece. Adentro de una palabra descubre otra, a veces, exactamente la contraria, como dos formas de energía. En una vanguardia, el retroceso. Adentro de la paz, la guerra, y del amor el desamor. Adentro del silencio, un grito.

Un pensamiento requiere la validación de un sonido. Su rigor, su exactitud, se prueba en las gargantas.

El día “perfecto” es un olvido si no ha dejado un sedimento de valor, una gota de luz entre tantas piezas oxidables. Los perros del poder, esa jauría que asalta, impiadosa, los cerebros reblandecidos, y les recuerda el egoísmo como un camino de conformidad, no detiene su apetito de caos, su baba pependenciera. Un día puede ser perfecto recién cuando se ha puesto las palabras en orden, se ha separado la paja del trigo, y se ha guardado cada noticia, cada dato, en el lugar que corresponde.

La belleza del mundo

La belleza del mundo es, primeramente, el hombre. Y más exactamente ese hombre en el que luchan sus opuestos. Su ser real y su otro ser posible. Aquel que a veces se detiene para ver las cosas, y que tanto puede alegrarse como entristecerse con una puesta de sol, según cuál de sus rostros esté siendo el vencedor o el vencido. O al revés, el que percibe toda la fealdad de un tacho de basuras, pero también, en otra instancia, toda su belleza, la que le nace por el sólo hecho de que un hombre lo mire. Las ruinas como origen de algo. Un coloso de brazos y de piedras nacido para nuestro asombro, que no pudo esperarnos.

El mundo seccionado por los filósofos, el de la materia o de la idea, el de la realidad o la ficción, no deja de ser uno solo. Porque cada hombre es lo que es, de sus paredes para adentro, y al mismo tiempo, el hombre determinado por los influjos de su tiempo, de la cultura dentro de la que vive. Pero no puede representarse en un mismo instante de dos maneras diferentes. Siempre es uno, aunque más tarde vuelva a ser el otro. Unas veces dice y hace lo que verdaderamente siente, y es el hombre anterior, el puramente salvaje. Y otras veces se reprime, se adapta al esfuerzo de la convivencia, y es el hombre inventado, el partícipe de un pensamiento que en esencia es ajeno.

Las dos situaciones son alternativamente reales. Lo único ilusorio es la creencia de que eso pueda ser distinto. Y que algo prevalezca indefinidamente sobre su contrario. Sin embargo, sin esa ilusión, sin esa ficción no habría punto de sosiego ni horizontes, ni habría historia con posibilidad de misterio. Por eso hay un estado del hombre para cada vida posible. El inmediato, que se nutre y crea a partir de todos los conflictos, incluyendo, por supuesto, el que se produce dentro de sí mismo. Y el utópico, que dibuja mundos imposibles, donde la virtud prevalece sobre el vicio, y la gente buena sobre la mala, y la eternidad sobre la muerte.

La dualidad del hombre la fija su trayecto. Todos los días busca la leche, los besos, la música, que lo ayudan a vivir, y otro día sabe que se está muriendo. Por eso a veces miente y otras veces dice la verdad. Forma parte de la cultura negadora de los mitos pero no puede vivir sin ellos. Se oye adulado por todas las cosas que “merece”, pero descubre que ninguno merece lo que no sabe conseguir. El hombre que es un puro juguete del desorden ajeno, y el otro hombre, ese que vuelve a las raíces poéticas de la vida para constituirse a sí mismo. El hombre que acepta lo que es, aunque sea un número errante, y el opuesto, ese que despierta su rebeldía y no deja de modificarse. El hombre, en fin, que revela sus signos vitales porque come, duerme o se guarece de la lluvia, y el otro, el que debe amar, luchar, sufrir, el que debe soñar un mundo del que carece para sentir que vive.

Cuestión de proporciones

Quizá la poesía tenga, igual que la mayoría de los insectos, la cualidad de la metamorfosis. De una mariposa, por ejemplo, que primero es larva, y se alimenta del propio huevo que la contiene. Después oruga que acumula de todos los nutrientes posibles (en un poeta sería leer, interpretar, seleccionar, absorber, recordar) que sustentan la futura crisálida. Y más tarde, al mismo tiempo que crea su capullo, se mimetiza con el ambiente que la rodea, se hace invisible para los depredadores y decide, por último, la tensión de sus alas. El mismo juego metamórfico defiende a los poetas.

La poesía juega a que se aleja de la realidad, inventa formas de agitar las manos de la vida y la muerte, el amor y los sueños, lo que no es todo en la tierra ni nada en el aire, y cuanta otra cosa se le ocurra, pero gira en lo vivo y lo real como las moscas giran sobre un plato con dulce. No hay metáfora sin un tamiz de lógica y deseo, no hay encantamiento si no refleja un fondo verosímil. La poesía es garante de las proporciones y éstas son garantes del acerbo creíble. El manejo de las proporciones es una constante para lo más y para lo menos. Desde medir una traición hasta pintar paredes.

No toda deslealtad es traición. La traición requiere cierta grandeza. Bruto traicionando a César, Macbeth al rey de Escocia, Anthony Blunt a la Corona del Reino Unido, en Argentina, Frondizi a Perón, etc. Pero un lacayo no traiciona a una reina. Eso es negocio, ruindad, perjuicio por encargo, malevolencia pura; no traición. La historia está llena de casos. Entreguistas, asesinos, ladrones, oscuros mandaderos, visten el sayo de la pequeñez. Recorren la vida sin ningún amor, de desprecio en desprecio.

Complacencia robótica

Existe pensamiento lógico, analógico, dialéctico. Si lo relacionamos con épocas, existe pensamiento primitivo, medioeval, clásico, moderno, etc. Si observamos los temas, existe pensamiento mágico, religioso, científico, etc. Pero los dedos no piensan. No existe pensamiento digital como no existe pensamiento gráfico, automotriz o radiofónico. No se puede confundir una forma de producción con los materiales o las herramientas que sirven a esa forma. Lo que sí ocurre, es una incidencia nueva, desconocida, que ha modificado una base material, y propicia nuevas maneras de proyección y de análisis. El peligro de la sociedad futura es que ahora se incube la gestación de un nuevo ciudadano-tipo, un ser feliz con el menor esfuerzo que permite la complacencia robótica. Millones de vidas donde la responsabilidad de cada uno se difume, y la incertidumbre sea inversamente proporcional a los compromisos que se asuman y la esquila que se consienta. En fin, el hombre “oveja”, responsable de nada, obediente a todo –especialmente a su gabinete pastor–, que ceda su lana, y en caso extremo, su pellejo y su carne, por una reserva de pasto.

Saltos hacia nada

Tejada Gómez es un poeta ígneo y medular, que arrastra adeptos con su convicción como una corriente de agua lo hace con las piedras. Pero el agua y el fuego tienen disonancias. *“El que no cambia todo, no cambia nada”*, ha dicho. Pero calló un verso complementario, el que mide las relaciones de fuerza. Imaginemos que hay un conflicto reiterado, cuya resolución habrá de hacerse en forma democrática. Se trata de modificar, por ejemplo, el punto x de una ley injusta, congelada en el tiempo. Cuarenta votantes, sobre un total de cien, no pueden imponerse, y proponen una variación realista, que sea beneficiosa para los más y no tan perjudicial para los menos. (Se le suele decir, “consenso”). Otros cuarenta se aferran al orden vigente, y no aceptan variar nada. Entre ambos, hay veinte que propugnan un cambio radical, absoluto. En esa situación, se vota. Luego de larga discusión, todos se han mantenido inflexibles. El resultado es obvio, la vieja ley injusta permanece. Las políticas de todo o nada, terminan en nada.

Chapotear en el barro

La poesía puede jugar en lugares oscuros, escondidos, chapotear en el barro, correr detrás de un barrilete construido con hojas de diarios y un engrudo pesado –esos que no remontan nunca–, puede enmudecer ante los azotes que recibe una yegua muy cerca de parir, puede parpadear de nuevo frente a un pobre que comparte con otro los restos de su plato escaso. Se involucra con eso. Y contempla el mundo desde su tamiz. Pero hay sitios que le son ajenos, donde sólo contempla la riqueza injuriante, la vanidad humana, la ostentación sin otra vara que no sea medir las cúspides de estupidez a las que puede llevar el egoísmo y la codicia. Esas vidrieras donde una poca gente rivaliza en su desdén hacia los pueblos, y se cuelga del derroche y los brillos que genera el poder, y admira, en su ignorancia contra-histórica, las burbujas que inventan riqueza, no ya del

brazo de los hombres, sino de la nada fantástica, llamadas a estallar, sobre muros inmensos de dolores y luto. La poesía huye de allí, despavorida.

Regresa con agrado, a la primera vejez. Al tiempo en que los hombres hablaban con los animales.

El sabio pescador era, en realidad, un asesino de peces incontables. Pero lo hacía para comer.

Adelante, de derrota en derrota

Las “grandes vidrieras” de la sociedad, las referencias ejemplares del mundo moderno, se hallan ocupadas por una nueva raza humana que no se visualiza por su color, su historia, sus ideas, sino por sus “niveles de éxito”. Películas, revistas, programas de televisión, infinidad de alusiones en la parafernalia mediática, han instalado como paradigma a los “triunfadores” rotundos, los que se destacan sobre la gran masa de vencidos anónimos por las habilidades o circunstancias más diversas, desde amasar una fortuna económica hasta ligarse a los encantos de un pekinesa en una exposición de perros, desde ser quien asesta sobre un ring las mejores trompadas hasta brillar en un concurso que premia la dimensión del busto, desde poseer el karma de la seducción sexual hasta ser quienes mejor embocan una pelotita dentro de un hoyo, pegándole con un palo.

Las proposiciones son vastas, pero el rigor de los resultados invariable. De un lado los que ganan, del otro los que pierden, es decir, aquellos ante quienes siempre es bueno tomar cierta distancia. No existen términos medios ni atenuaciones. De tal modo, la condena social al derrotado –es un “loser”, suelen decir los jovencitos–, no sólo resulta desmedida sino también, muchas veces, inconsistente en lo esencial, sobre todo cuando se establecen objetivos de supremacía arbitrarios y excluyentes; ajenos, por completo, al ideal de quienes resultan destinatarios del “castigo”. Así,

se considera “perdedores” a quienes no acumulan cierta masa de bienes materiales, a quienes no se casan y desarrollan una familia “normal”, a quienes en un estudio no sacan las mejores notas, a quienes no usan ropas de ciertas marcas, etc., aunque tales “metas” nunca hayan estado dentro de sus búsquedas, es decir, aunque hayan ejercido su derecho a la diversidad, rechazando esa manera de competir, forzosamente, por cuestiones que no consideran sustanciales.

Tampoco cuentan las diferentes situaciones desde las cuales cada uno parte, y hasta han pasado a un segundo plano las exigencias éticas. Lo que importa es “ganar”, y no la calidad de los recursos. Mentir, sobornar, intimidar, y otras acciones ilegítimas y hasta violentas, devienen aceptables en tanto conduzcan a los resultados que se persiguen. Sea conquistar un país, imponer un candidato electoral o acertar en las apuestas del hipódromo. Y a la inversa, la “condenación eterna” ha dejado de ser el destino de los herejes, los suicidas o los avarientos, para ser el destino de los “perdedores”.

Se debería recordar, en todo caso, el espíritu de la ciencia, que sufre cien derrotas antes de lograr un solo acierto –y aún así, provisorio y parcial–. O volver al mismo sano, antiguo y olvidado sentido del deporte, donde el verdadero triunfo de cada uno consiste en haber dado lo mejor de sí, aceptando después, con hidalguía, los méritos de quien haya sido superior, sin que por ello su propio, supremo esfuerzo, se desmerezca. O los ejemplos de la historia, construcción insoslayable de los derrotados. Desde Espartaco a Lincoln, víctimas del odio de los esclavistas. O desde Jesús a Gandhi, caídos en las huellas de sangre de los grandes imperios. O los otros, los más anónimos y repetidos, los de quienes todos los días se levantan al alba, encienden las luces, los hornos, las calderas, y sostienen, de derrota en derrota, una lucha invisible y eterna, la de sus fuegos alineados contra la frialdad el mundo.

Submundos

Hay quienes por una vocación muy fuerte o por el peso de ciertos ambientes proclives a destrezas o estudios especiales –sea en torno a ciertos deportes, oficios, actividades artísticas, o cualquier otra práctica social que requiera intensidad, disciplina y uso de códigos comunes–, crean y participan de pequeños mundos específicos, en diversos grados de relación con el mundo concreto, el mundo de todos, en el cual sobran los conflictos, los problemas, las situaciones sin solución, la incertidumbre comprensible. Actúan como si hubiera un mundo exterior, cargado de exigencias, donde todo implica un esfuerzo más o menos penoso, y otro mundo menor, íntimo, donde se insertan por una pasión minoritaria pero deseada y grata: los pintores que viven el mundo de su arte, los músicos el de sus sonidos, los diseñadores el de sus objetos, los escritores el de sus letras, los coleccionistas el de sus piezas exquisitas, los atletas el de sus marcas y sus desafíos interminables.

Esos submundos tienen su lógica tajante, sobre todo para quienes no saben entender el mundo mayúsculo en toda su diversidad, o ya intuyeron para siempre que tal mundo sólo puede ofrecerles indiferencia y frustración, y vuelven, desencantados, del sueño de haber querido transformarlo. Piensan: Que la tierra estalle y el resto de los hombres se aferre a lo tenido. Nosotros crearemos nuestro propio reino minúsculo, pero independiente. Nuestra porción de tierra liberada. Nuestro cine, nuestro teatro, nuestros malabares, nuestro fumadero, nuestra huerta, nuestros centros de ayuda, nuestra poesía, como si fuera, cada cosa, el refugio atómico espiritual de pequeñas legiones humanas.

No hablamos de asociaciones forzosas, como las gremiales, las de familia, las de clase; las de quienes se unen para defender sus fueros, sus cupos, sus subsidios, sus intereses económicos concretos –esas son obvias y escapan a este razonamiento– sino de uniones elegidas, libremente, en torno a ciertas vocaciones comunes, ajenas a cualquier ventaja material.

Los que se unen para cuidar el medio ambiente, para cooperar con las escuelas, para sostener una biblioteca, para limpiar las calles de un barrio, hacer caminatas a la montaña o salvar animales de una muerte anunciada. Sin embargo, aún en esos mundos laterales, acechan, de un modo azaroso pero frecuente, desviaciones jerárquicas. En especial, los grupos ligados al mundillo de la cultura, que suelen traslucir, debajo de sus formas retóricas, las características del marginal iluminado, que toma para sí el patrimonio de la imaginación, se refugia en su propia “torre de marfil”, y aguarda los favores de Mecenas ignotos mientras se burla de la pobre gente cuyo gusto estético no pasa de Gran Hermano ni su sentido musical pasa de la Mona Giménez porque no han tenido la posibilidad de contar con otras elecciones –y que sin embargo asumen cada cosa que hacen con absoluta, y a veces contagiosa, vitalidad.

El juego de los ojos que brillan

Hay hombres que actúan y piensan como viajeros extasiados de un barco sin rumbo. Cínicos, inteligentes, orgullosos, se tienden sobre la cruz de una elección de piedra, la de estar muertos. Todo está decidido y actuado, dicen. Hay un poder inmenso que gobierna el futuro del mundo y de nosotros. Cuenta, en la defensa de sus objetivos, con un poder fuego irresistible, que controla y ensambla la maquinaria bélica, la psicología de masas, la confusión mediática, todo. Gente que aniquila bosques, territorios, pueblos enteros, sin oposición, se apoderan de los recursos vitales estratégicos, compran conciencias, derrocan gobiernos, imponen dictaduras, incendian casas –a veces con la gente adentro–, reducen hombres a la esclavitud, y tanto matan como sonrían con la misma facilidad, y el mismo rostro, de acuerdo con sus tiempos y sus prioridades. —*Así que no hagas nada –dicen–, todo es inútil. Vive la vida que te dejan vivir, sin pesadumbre, lo mejor que puedas. Bebe buen vino, haz el amor, no busques enemigos, y nunca viajes a lugares prohibidos.*

Lo que no entienden es el juego. Se quedan con las cartas sobre la mesa, y no conocen el brillo de los ojos humanos cuando juegan por algo, tanto si ganan como si pierden. No se trata de cambiar el mundo, que puede ser posible o no, como puede haber dioses o no haberlos. Se trata del juego. Trabajar como soles para el cambio de nada. Y para el sueño de que somos eternos. Es claro que vamos a morir, pero mientras tanto, la gracia es ignorarlo. Y besar a las damas y a los trotamundos, escribir poemas, pintar cuadros, ensuciar la fiesta de los bárbaros ebrios, con sus limusinas y sus chicas de plástico, como si todos fuéramos iguales y la muerte no fuese a ocurrir nunca. Soñar que se puede comer un elefante, de a cachitos.

Los bárbaros de la modernidad

Hace más o menos cien años, el poeta griego Constantino Kavafis, escribió un poema con tonos de amarga profecía, “esperando a los bárbaros”. Cumplía un trabajo de treinta años en la Oficina de Registros de Alejandría, donde asentaba con bella caligrafía noticias burocráticas, protegidos, del tal modo, de una futura devastación. También narraba su temor a los bárbaros. —*Qué esperamos, reunidos en la plaza? A los Bárbaros, que hoy llegan—*, escribía. Y no dejaba de instalar preguntas: —*¿Por qué hay marasmo en el Senado? ¿Por qué los senadores no legislan? ¿Por qué nuestros cónsules y los pretores lucen hoy sus rojas togas recamadas? ¿Por qué se adornan con brazaletes de amatista y sortijas de brillantes esmeraldas? ¿Por qué empuñan sus bastones preciosos, finamente cincelados? Es que hoy llegan los Bárbaros y esos bellos objetos los deslumbran. ¿Por qué nuestros hábiles retóricos no peroran con su habitual elocuencia? Es que llegan los Bárbaros. Ellos no aprecian ni las bellas frases ni los largos discursos.*

Vino la noche, finalmente, pero no llegaron los bárbaros. Quizá esperaban otra etapa del hombre, cuando la vanidad, las armas nucleares, el fetichismo del dinero, quebrantasen la inteligencia, y redujeran las voluntades más nobles a un estado de pura contemplación...

Ahora sí han llegado. O tal vez han nacido de la misma humanidad. Ahora los personajes más ridículos, las voces más irracionales, son las que se oyen con mayor fuerza y se propagan como lluvias del trópico, interminables y emblemáticas. Ya no prevalece ni se escucha lo que dice el estudioso de las causas, sino lo que repiten los encandilados por los efectos. No se reconoce una raíz común, sino que se impone la mezquindad, las ambiciones de personas o grupos. Sectores minoritarios, supuestamente civilizados, optan por actuar al margen de la Ley. Mejor dicho la reconocen mientras ella, a favor de necesidades del Todo, no los perjudique como partes. Cuando eso ocurre, se olvidan de sus prédicas

de orden, y se alzan, como saqueadores de caminos, contra las marchas de la democracia.

Son los bárbaros de la modernidad. Celebran la virtud del mercado, y el ajuste o el desplazamiento automático que produce la libre competencia, sin ninguna idea de magnitud. Pueden ser millones de personas condenadas, sin límites de tiempo, a una muerte evitable, por insalubridad, por hambre o analfabetismo. No importa. Se sostienen tras una conjetura –la de un futuro “derrame”– que nunca se produce. Y han marcado a fuego que la moneda –real o imaginaria– es la medida de las cosas. Para ellos, lo ético, la dignidad, la solidaridad, como no se compran ni se venden, son bienes obsoletos.

Rutinas heroicas

Cualquier actividad creativa, si se cierra en sí misma, puede terminar en expresiones delirantes. Hay valor en ciertos mundos ideales, porque se insertan en una perspectiva de superación y libertad, pero no al extremo de consagrar olvidos y evasiones, que mueren a la hora de pagar una cuenta o tomar un micro destartalado o llamar a los amigos que fuimos olvidando. Y en esa franja inmensa de la realidad, están los que no pueden usar otro mundo fuera del único que tienen disponible. Ellos, puestos en el trance de vivir, observados en su estoica, elemental, humanidad, son los únicos que ofrecen sus respuestas sin necesidad de ninguna pregunta. Caminantes de tierra movediza, noctámbulos sin noche, jugadores clandestinos, pasadores de chismes, ambiguos, crédulos y temerosos, participan de todo aquello que desconocen. Hacen la vida que otros piensan. Y cada uno lleva su cielo tormentoso como lleva su trajín y su sombra.

Son los hombres que todas las mañanas de todos los años esperan pacientemente su lugar, sobre unas ruedas que los conducen a ninguna parte. La mujer que lleva su hijo inválido, de médico en médico, de santo en santo, sostenida por la posibilidad de un milagro. El niño que camina varios kilómetros para ir a una escuela. Aquellos que recogen, diariamente, la basura dejada por los otros, que ponen y sacan las sillas de los teatros, que lavan y planchan las ropas ajenas. Quien cambia los pañales de gente que agoniza. Quien pinta con los pies porque no tiene manos. Quien habla con las manos porque no tiene voz. Quienes dicen paz en un mundo que no puede sostenerse sin guerras.

Son habitantes de rutinas heroicas, en un medio donde la heroicidad no se percibe o se confunde. No crean nada; apenas si ofrecen ejemplos inadvertidos. Pero reflejan otro submundo necesario, horizontal, silencioso, sin el cual no existiría ninguno de los otros.

Desigualdad cultural

En economía, el coeficiente de Gini mide la desigualdad del ingreso en una sociedad. Su valor varía entre cero y uno, siendo Cero la situación igualitaria perfecta, en la que todas las personas de una comunidad tienen el mismo ingreso, y Uno el valor donde muy pocos individuos capturan el total y la inmensa mayoría nada, o sea la inequidad absoluta.

Aplicado a la poesía, podríamos decir que cuando una pequeña elite de poetas produce su obra para una minoría de receptores cultos, como supo suceder en las sociedades muy injustas y de gran atraso cultural, nos acercaríamos al coeficiente uno. Mientras que, actualmente, la tendencia es otra. Aún cuando cada poeta, individualmente, no alcance gran repercusión, existe una cantidad tan grande de creadores, y tan diversos medios de propagación, que el coeficiente se mueve a la baja. Y en la medida que aceptáramos incluir a todas las expresiones erróneamente relegadas del género, incluyendo las no propiamente literarias –como el refranero folklórico, algunos cánticos populares, ciertos verbas que derraman ingenio–, la medición resultaría aún más positiva, tendiendo hacia el ideal del valor cero, cuando todos los miembros de la sociedad fuesen creadores y receptores de poesía.

Eso la lleva hacia un nuevo lugar, el reino de los bienes anónimos, de la fruta silvestre, que quizá sea el único camino de su persistencia. Cuando el 99 % de una comunidad, acepte y viva el goce de la belleza poética, sin importar de donde venga ni de quien.

Idearios de sentido

El arte, como todo producto humano, no es obra exclusiva de un ser individual, aislado, indiferente a su contorno. Por más que parezca, en lo inmediato, que las obras son fruto del sentimiento interior, de la inspiración y el trabajo de sus creadores, siempre están relacionadas, tanto por sus temas, sus efectos, su propio tramado de aceptaciones y rechazos, con algo mayor, un cuerpo social en movimiento, una historia.

De tal modo cada obra termina ofreciendo, por debajo de su propia forma, una visión de alguien en su relación con los otros, que aunque no busque incidir sobre los hechos, lo hace, pues instauro un nuevo objeto real, con su cuerpo, su mirada, sus interrogaciones, sus respuestas, y siempre en danza sobre las olas, librado a un juego eterno de contrapuntos y armonías. Por supuesto, algunas obras se destacan sobre las demás, adquieren vida propia, y definen una hora y un punto en el camino que los hombres, en su largo trayecto, van abriendo, primero a fuego y a machete, y adecuando, más tarde, para el uso de todos.

A veces, hay momentos de extravíos y confusión. Y los colores y el dibujo no encuentran lo que debe decirse, y se sostienen en los intentos de la forma pura. O en la imitación de modelos exteriores, que muchas veces persuaden con la fuerza del halago fácil o la seducción de los precios. Otras veces, en cambio, los artistas se alejan de la comodidad de una moda o de las circunstancias puramente mercantiles, y buscan expresar los anhelos de una comunidad, proponiendo una estructura sensible, opuesta por completo a las señales que llegan desde los centros de poder.

En realidad, siempre ocurre un poco de cada cosa. Es decir, los conflictos, como las mareas, son siempre perpetuos. Sólo que hay circunstancias en donde una tendencia, en mejor acople con el estado de ánimo social, y el propio de los núcleos artísticos, prevalece sobre las demás. O también circunstancias donde los picos de tensión se vuelven

mucho más intensos. Es lo que pasó en la Argentina de los años setenta, cuando la efervescente situación social halló en numerosos artistas una forma de representación estética que produjo obras de alto nivel, que hoy resultan insoslayables para el entendimiento de la época. Entre ellas, recordamos la obra de Ricardo Carpani, con el mítico grupo “Espartaco”, y en particular, la de Franco Venturi, por haber sido el primer artista plástico desaparecido, poco antes del golpe militar de 1976. Y ni que decir, las pinturas dramáticas de Carlos Alonso.

Esto permite observar los objetos construidos por el arte desde otra perspectiva. La de una obra ya decantada por el tiempo, libre de las urgencias inmediatas, pero con toda la fuerza de su entramado histórico. Y entonces se advierte, con mayor claridad, la diferencia entre los trabajos que se pueden pensar como hechos “por alguien”, “para sí”, y aquellos pensados con un ideario de sentido, y ejecutados con audacia, con riesgo –no sólo intelectual sino además, en casos extremos, físico– y también sin cálculos de recompensa material o de favores de cualquier tipo. Uno es arte fugaz, que con el tiempo se desvanece. El otro es arte verdadero. Es materia con cimientos y con ideas, cuya creación ha sido hecha “para algo”. Y que después de treinta años o de cien, reciben y celebran todos aquellos que buscan entender la historia.

Es cierto que debajo de tanta tierra, todos los muertos se parecen. Pero la paz de cada uno es diferente porque ella les alcanza (o no) de acuerdo con la forma que supieron vivir. El arribista muere como fugaz. El miserable como miserable. Pero el artista lo hace como artista. Con la certeza de su dignidad. Así, Franco Venturi, en su minuto final, debió pasearse por sus visiones –las mismas que hoy se han hecho memoria– y habrá sentido entonces la luz, la libertad, la absolución, del último relámpago.

Entre Mozart y la pachanga

El arte arrastra un pasado elitista. Cuesta cambiarlo. Por eso engaña y suele producir iluminados sin pueblo. Solemos rendirnos, fácilmente, a la presencia de los genios, y ponernos a la sombra de su grandeza, donde perviven sus espejos eternos. Dante, Leonardo, Miguel Ángel, El Bosco, Vivaldi, Cervantes, Velázquez, Beethoven, van Gogh, Balzac, Chaplin, etc. Pero eso puede ser negativo, en el sentido de que, ante modelos de semejante tamaño, se produzca un reflujó, una contención, cierta auto-censura, en los creadores jóvenes. Y paralelamente, un desinterés del público por las nuevas generaciones artísticas que no se atrevan a construir Historia; es decir, que no procuren esas obras con valor de uso múltiple, genuino, cautivante, revenido del sueño...

Nos arriesgamos a pensar que actualmente, no obstante todo lo confuso, y observando el peso de la cantidad, existe en el mundo del arte un promedio de mayor altura. Además, por las contradicciones de cada proceso –la ramificación actual de los géneros y las técnicas, el desarrollo tecnológico, el espesor temático–, se produce también la incorporación de cada vez más actores y el abaratamiento de los instrumentos reproductivos, lo cual despliega una nueva contradicción. Cada vez son más los que hacen cosas para menos.

Ese perfil contradictorio induce a re-examinar los conceptos puramente racionalistas y elitistas, y volver la vista hacia otras formas que acepten los conceptos complejos, y recuperen componentes irracionales, como la magia y el sueño. No reproducir al pobre y distraído hombre que somos sino pensar en los hombres que podríamos ser.

Hay una tendencia intelectual a preferir los saberes científicos, librescos, académicos, instalados como una forma superior, en desmedro del saber diario, ese que cada uno alcanza con las herramientas, a veces escasas, de que dispone. Y no es así. El conocimiento más impone deberes

que concede derechos. Y muchas veces el sabio más sabio vacila y se confunde ante el baqueano que rastrea una huella, doma un caballo con un río o huele bajo el sol una lluvia distante.

Siempre fuimos enamorados de la razón. Mirando el fútbol que jugaba Garrincha, nos parecía posible conformar un equipo con otros diez que fueran semejantes. Oíamos a Rovira o a Charlie Parker, y llegábamos a una conclusión parecida, que cada uno, en su género, fuese como ellos. Leíamos a Dante Panzeri, y lo mismo, era la prueba de un periodismo que contagiase honestidad. Hoy admitimos la debilidad de ciertas abstracciones. Aquellos ejemplos pueden sostener un deseo, una tendencia. Pero nunca definir una verdad completa, que nos excluya de la maleza que lleva una corriente, cuyas aguas bebemos.

Hasta la muerte Mozart. Pero si estamos rodeados por vecinos que oyen y se mueven al compás de una cumbia, no tenemos que salir disparados. Bajemos de lo complejo –que no por eso vamos a perderlo– y vivamos la magia. Y entonces, si somos absolutamente honestos, vamos a sentir que nuestros pies se mueven y hay algo nuestro que se contonea. Y es que alumbran, todavía, las hogueras de tribus ancestrales; aquellas que dejaron, en el amor de los padres de nuestros padres, sus fulgores eternos.

Actos de fe

Lo estrictamente racional reconoce sus límites y su trayectoria. Hay momentos en que requiere actos de fe.

La producción de poesía –en el doble sentido de, por un lado, creación y recepción (actividad formal de lectura–escritura), y por el otro, de apropiación y proyección gnoseológica, constituye un acto de fe. Un acto de fe en la razón. No en la razón pura, primaria, cuasi–matemática y final, sino en la razón receptiva y re–creativa de todo aquello que ha recorrido el tiempo y el mundo en contraste con ella, las cuestiones metafísicas, las religiones, los mitos, las adivinanzas, los fenómenos sin explicación aparente, las conjeturas sobre la vida post–mortem, el alma humana, los universos invisibles.

Hablamos de racionalismo cuando el tema en cuestión, sea en su fase de planteo, duda, pregunta, respuesta, rechazo, conjetura, ejecución, etc., puede cumplirse en términos argumentales; de un principio que se desenvuelve, mediante una serie de pasos, hasta un final determinado. O sea, una secuencia lógica, que por supuesto no excluye la discusión, el conflicto, en todos aquellos aspectos cuya naturaleza lo admite, o hasta, muchas veces, lo exige. El nacimiento de un niño, por ejemplo, es el resultado de un proceso que puede explicarse, de un modo racional, desde su origen. Antes del niño hubo, necesariamente, un feto, y antes un hecho de concepción, y antes el encuentro de un óvulo con un espermatozoide, y antes, una cópula entre un hombre y una mujer, y antes, un deseo desde el amor, o una violación o un impulso de posesión y goce que pudo derivar de un encuentro fortuito. Todo el conjunto de situaciones implicadas en el nacimiento de un nuevo ser, tanto biológicas, como psicológicas, ofrecen, dentro del conocimiento alcanzado por la mente humana, una explicación precisa y unánime.

¿Pero qué pasaba antes de tal conocimiento? Qué pasaba durante

siglos, o mejor, milenios, mientras nacían los primeros hijos de los primeros hombres? No había ninguna explicación. Era algo que simplemente sucedía, como un resultado inevitable, de alguna decisión superior, desconocida, mágica. Lo mismo sucedía con respecto a las enfermedades, los fenómenos de la naturaleza, la muerte. En esa fase de conocimiento pre-lógico, advenían las respuestas, que dentro de los límites de la experiencia de cada momento, eran (o iban siendo) racionales, buscaban una razón.

Igual que ahora. Una razón completa, que no recuerde a la naturaleza tan sólo como un punto de origen sino también como un punto al que debemos regresar, contra el riesgo de perderlo todo. La razón poética. La razón dialéctica entre lo real y lo imaginario, lo inmóvil y lo que día tras días, o siglo tras siglo –es lo mismo– se modifica.

Volver a la razón

El conjunto de asimetrías económicas, el agotamiento de medios naturales, y la escasez de logros (en términos globales) por parte de la dirigencia política más comprometida, proyectan un futuro sombrío. La representación podría ser la de un hombre, subido sobre un caballo desbocado, que corre, desenfadadamente, hacia un abismo profundo. El caballo, tan valioso, tan amigable, tan útil, que tantos servicios ha brindado, se transforma en el último tramo de la modernidad, y cabalga con el cuerpo de un monstruo. El sistema que creó la producción sin límites, el concepto de crecimiento continuo, está siendo aplastado por todo lo construido, por el vértigo de su propia carrera.

En una síntesis extrema, se podría sostener que la humanidad tiene una sola chance. Volver a la razón. Pero no a la razón auto-complaciente, unipolar, absolutista. Sino a la que se agite sobre sí misma y aprenda de todos sus errores, que no provienen de un error divino o de una mala fortuna histórica, sino del fracaso más absoluto de las formas sociales constituidas en base a la conquista y la desigualdad.

Todo preso es político porque todo acto delictivo tiene origen social. Si una sociedad no le concede a cada miembro su oportunidad –no la mejor, y ni siquiera en condiciones de igualdad, pero al menos la punta de un pequeño proyecto–, esa sociedad está negando su futuro.

Vemos a un anciano vacilante, encorvado, arrastrando sus piernas indecisas, pidiendo una moneda sucia. Vemos una forma curvada por tiempo, que nos golpea los ojos. Vemos a una mujer de muchos años, perdida, con la cabeza volteada sobre sus recuerdos, llevada con desgano sobre un carro chirriante. Vemos al ciego que nunca pudo ver, al mudo que nunca pudo hablar. Vemos unos cuerpos vencidos por el hambre, una boca sin dientes, hombres y mujeres castigados a desnutrición perpetua que se repliegan a nuestro paso. Los vemos como sombras negadas por

la vida, y los vemos a la vez como el niño que fueron, el niño que unos padres ya muertos celebraron como una promesa de mañanas felices. Los vemos y nos ataca la piedad. Pero luego nos despedaza una pregunta, ¿qué fue lo que perdimos, dónde, cuando, nuestra especie se apartó de su origen?

Mercaderes del arte

En el arte no se puede hablar de arribistas y ladronzuelos, como en la política. Pero sí de farsantes. Se repliegan y trasvasan su aliento, lo sacan –eso creen– del arte que realizan. Pero tienen, muchas veces, cuando no son absolutamente ingenuos, un gran sentido de la oportunidad y del negocio. Pintan diez rayas y se ven devorando el Rockefeller Center. Hacen y venden lo que les piden. Es su derecho, por supuesto. Pero no pueden celebrar demasiado. Se venden con sus obras y se rinden a la evasión y al engaño, como un falso neutral. No hay arte no político, no hay nada no político. ¿Podríamos imaginar a Videla o a Pinochet, diciendo, yo soy un militar, no un político? ¿O a muchos empresarios exitosos, diciendo, en una campaña electoral, yo soy un ciudadano más, no un político? ¿O a cualquier economista del cuadro estable de consulta de los grandes medios, diciendo, yo soy un técnico, no un político? Producen mucha gracia, en realidad, esos artistas desatentos, refugiados en un contrasentido irreversible. Las manos firman lo que la boca niega.

No heredamos pecados

Tiempo atrás –digamos hace medio siglo– miramos una foto con entusiasmo, la hicimos el centro de comentarios repetidos. Mostraba la cruz de una iglesia y una antena de televisión. Su autor la había llamado “Civilización y barbarie”. Hoy nos pasa como al Sarmiento viejo. No sabríamos, en verdad, cuál de los objetos sería el símbolo de cada cosa.

Ante la cruz siempre tendremos nuestra duda. Pero las antenas, que ahora son, en rigor, platos o satélites, nos parecen un peligro escondido, sin dimensión exacta, cubierto por otra superchería, la razón infalible, la modernidad.

Es nuestra sospecha que todo ser pensante admite, aunque a veces sin plena conciencia, cierto estado de religiosidad. Tal vez el sentimiento de que habita en la naturaleza, algo superior, muy grande, incomprensible, que nos sobrepasa. Sin entrar en el terreno de la explicación que cada uno se brinde sobre los misterios cotidianos, el hecho de nacer, de vivir, el sentido de la vida, sugiere que hay en nosotros un estado de gracia que, por un lado, nos hace agradecer todo lo que vemos, y todo lo bello que podemos disponer o construir, un durazno, una copa de vino, una puesta del sol, un arco-iris, el amor, los hijos, etc., pero que al mismo tiempo nos obliga a un respeto infinito, a procurar aquello necesario para que no se pierda ninguna maravilla, y que las cosas malas, las enfermedades, las carencias, que también existen, se puedan desafiar, disminuir, de modo que preservemos, para quienes hayan de seguirnos, el mismo mundo que hemos recibido, o bien un mundo todavía mejor.

Es imposible, por otra parte, el desarrollo de vidas individuales; cada uno es uno mismo, pero a la vez no puede terminar de ser afuera de los otros, dando y recibiendo de los otros. Hay algo superior, entonces, que nos involucra con la naturaleza, con los demás hombres, y con el destino del mundo. Y hay una constante búsqueda de sentido en todo lo

que hacemos, y también cierto desgarramiento por nuestra impotencia, por todo aquello que no podemos entender. ¿Qué soy, quién eres? ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué un día habremos de morirnos? Esa mezcla de agradecimiento, de compromiso, de rendición ante los grandes misterios, es religiosidad. Y todos la experimentamos. La religión es otra cosa. Es imponer interpretaciones, dictar leyes, y definir un cuadro de obediencia unánime. De allí, como la historia nos enseña, han devenido fanatismos letales, crueldades sin límites, exterminios masivos, endilgados a un dios.

No hay un pecado original. Hay una herencia que promete, y a la vez obliga.

El arte de amar

El amor era –para Erich Fromm– *“la respuesta más sana y satisfactoria al problema de la existencia humana”*. Ernesto Guevara, por su parte, se atrevió a expresar: *–Déjeme decirles, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor–*. Y alguna vez, por boca de Gandhi, descubrimos aquello que faltaba en el “amor al prójimo” de la cristiandad: *–Todo lo que vive es tu prójimo–*. Un psicólogo, un médico, un político. Tres reflexiones convergentes sobre un mismo tema, alrededor del cual, muchos poetas, por más que lo circunden como las abejas a una flor, no suelen tener la misma claridad –aunque al final liben por insistencia.

Las leyes no pueden legislar sobre el amor. No pueden definirlo ni hacer regulaciones sobre su origen, sus cambios o sus consecuencias. El amor es amor, como la poesía es la poesía y la eternidad es la eternidad. Por eso, cuando una ley legisla sobre aspectos de la vida que se vinculan con actos de amor, en realidad legisla sobre presunciones. En una institución como el matrimonio, por ejemplo, presume que contiene un vínculo de amor. También presume que todos los hijos

son hijos del amor. Lo cual, sin embargo, no siempre sucede. Hay padres que no saben serlo, y también hay hijos indeseados que no son el fruto perseguido por una pareja de amantes, sino, por el contrario, la causa de un acuerdo posterior y forzado; hijos que no provienen del amor sino de pasiones momentáneas o del azar. Por esa y otras variadas razones, hay matrimonios sin consistencia, como también hay hijos que nacen y se desarrollan bajo climas adversos. Ni el matrimonio en sí, ni la condición heterosexual de quienes lo componen, ni las leyes que lo regulan, son garantía de que se cumpla lo esencial del vínculo entre una pareja, es decir, la existencia de amor.

La composición de una familia es un producto histórico. No siempre ha sido como se la conoce en la modernidad occidental, ni necesariamente habrá de continuar del mismo modo. Son varios los países en los que se admite el matrimonio entre cónyuges del mismo sexo. Algo que pocos años atrás hubiera parecido un tema de ficción, se ha vuelto real. Y no por una imposición desatinada sino por obra de un consenso civil, aceptado por los mismos pueblos. Pero la formación de tales parejas, al igual que la adopción de niños que ellas pudieran decidir, contiene una razón de fondo que excede lo legal. Se trata, primero, del amor. Y luego –si así ocurriera– de que un niño esté bajo el cuidado de quienes lo amen. Lo que garantiza la sana evolución de un niño no es la visión de sus padres sobre el sexo, sino la clase de amor que le profesen. Una pareja homosexual puede educar a sus hijos tan naturalmente bien como una pareja de hombre con mujer. O tan mal. Eso no depende de sus orientaciones sino de su inteligencia, su laboriosidad, su capacidad de comprensión y su visión de las cosas. En todo caso, alguien que ame verdaderamente al niño no lo habrá de someter a sus propias visiones, sino que le abrirá los ojos a una realidad objetiva. Le dirá: Existe esto y aquello. Y cada uno habrá de realizar, cuando sea el tiempo, sus propias elecciones.

Frutos de adversidad

No hay uniones más consistentes que aquellas construidas contra la adversidad, contra oposiciones muchas veces crueles, infinitamente dolorosas. No hay mayor propensión hacia la tolerancia y el respeto que la de quienes convivieron y se desarrollaron como víctimas de su carencia. Y acaso no exista legislación más necesaria que aquella con valor para entender las nuevas realidades, que de pronto se vuelven demasiado próximas y reclaman soluciones urgentes. No se trata, en verdad, de legitimar situaciones anómalas, sino de que se acuerde sustentación legal a situaciones que ya existen, que se verifican en el pasar de cada día. De otro modo: que se le acuerden a varios miles de ciudadanos los mismos derechos de familia, de propiedad, de convivencia respetable que ya están consagrados para los demás.

Tal vez ayude, finalmente, extraer de las mentes esa capacidad inagotable de pensar el futuro observando las mutaciones históricas. En tiempos antiguos existían verdades que han dejado de serlo. Ya no son absolutas las lecturas sobre la ciencia, el origen del hombre, las nociones de culpa y de castigo, los derechos sociales, etc. ¿Por qué tendría que darse, indefinidamente, una sola forma vincular de familia? Luego de tanto fundamentalismo ancestral, tanta intolerancia, tanta destrucción, es tiempo de imaginar otros caminos, y aceptar que sobre infinidad de cuestiones –incluyendo las propias del amor humano, en toda su raíz y en su fecundo vuelo misterioso– no existen acuerdos para siempre ni tampoco verdades a resguardo del tiempo.

Amor y futuro

Entre tantas manifestaciones posibles del amor, la más propicia y fértil –sobre todo para los poetas– es la dada entre un hombre y una mujer, aunque en rigor eso ha cambiado y resulta demasiado estrecho; hay parejas del mismo sexo y hay uniones de diverso tipo, esporádicas, múltiples, estables o de circunstancia. Pero se entiende, son amores que atraviesan lo cerrado de una sola persona, y se perfilan hacia formas de una vida en común, que se anula de la soledad, y se perfila como una experiencia compartida. La pérdida de la extrema libertad de ser uno, requiere esfuerzos especiales de adaptación y conversión, ya que implica el cambio extraordinario de un sujeto que se duplica. Ese proceso es, naturalmente, muy difícil de conducir y sostener, de manera que se van generando situaciones emotivas diversas, muchas veces excediendo los alcances de una definición, un control, que se ha transformado de único en plural. Y así los amantes se descubren, se pierden, se atraen, se rechazan, se atacan, se perdonan, se re–encuentran, se olvidan, se anulan, se confunden, se engañan, se separan, se odian, se arrepienten, se abrazan, se lloran, se disuelven. Y los poetas –que como hombres rara vez celebran o agradecen los momentos buenos– reiteran los poemas más tristes y desesperados.

Hay algo más. En el largo proceso que transformó la mano del hombre, que la llevó de ser una garra a juntar cinco dedos capaces de caricia, algún aporte se le debe a la palabra de los poetas. También se les debe que nunca hayan cedido ante los moldes de la censura y el mecanicismo. La poesía erótica ha sido un instrumento al servicio de la libertad. Tenemos la esperanza de que nunca deje de serlo.

Tal vez, el primer acto de rebelión política, fue causado por el amor. Bajo su influjo, Adán, nuestro padre mayor, se fue del Paraíso. Y empezó la vida.

Índice

Este libro	7
Presentación	9
El amor vence al odio	
Nunca menos	15
Madres de la plaza	16
La casa de todos	18
Los unos y los otros	20
Pajaros interminables	22
"Se viene el zurdaje"	24
Compañero	26
2 de abril	29
Perros vagabundos	30
Liberalismo	32
Intelectos ilustres	33
Charcos elementales	34
Patrullas perdidas	35
Proceda general	37
Será millones	38
Viento de cola	40
El dedo y la luna	42
Así cualquiera	43
Alacranes	44
Recortes	46
En contra del país	47
Acechanzas	49
Dos muertes	50
E q u a	52
La grieta	54
Horas de olvido	55
Todos juntos	57
Cabecitas negras	59
El amor vence al odio	64
Batalla cultural	67



Se terminó de componer e imprimir en
septiembre de 2015 en Arte Impreso, Toso 411,
San José de Guaymallén, Mendoza,
República Argentina. Composición de
María Eugenia Sicilia & Gerardo Tovar
www.qellqasqa.com.ar/artepreso

BATALLA CULTURAL

El dilema de la humanidad es ahora, como nunca, terminal. O se impone la sinrazón o gana el pensamiento. En otros términos, o continuamos por donde vamos, hacia el derrumbe, o decidimos como especie un cambio que nos devuelva la certeza de seguir existiendo. Mayor igualdad distributiva o reducción del consumo hasta una escala catastrófica, que paralice la reproducción de bienes alimentarios y el desarrollo del conocimiento. Consumo irracional de los recursos agotables o planeamiento sustentable. Regreso a la economía de la producción de bienes y servicios concretos, o piedra libre para la magia financiera, que negocia activos invisibles. Aplicación de formas de energía limpia, o invasión del aire con dióxido de carbono, superando la capacidad de absorción por parte de todo el reino vegetal que todavía se preserva. Uso del agua mediante formas de reciclamiento o agotamiento irremediable. Justicia social o más violencia, delito, fanatismo y guerras. Medicina universal preventiva o mortandad en masa por desnutrición, epidemias, contagios y privación de medicamentos y terapias. Ciudades de tamaño humano, regidas por la convivencia armónica, o aplastadas por sobrepoblación, transformadas en cotos de salvajismo, asoladas por la drogadicción y el crimen.

La batalla cultural es parte de una lucha mayor, bien diferenciada, permanente, en torno a la distribución particular de la riqueza social, que a su vez acompaña lo más eterno de la condición humana, o sea, su necesidad de superación.

La cultura entonces debe salir del extravío, ubicarse otra vez en su trayecto histórico y volver al camino de las viejas preguntas, porque ahora casi todas, por más que se lo pretenda negar, tienen sus respuestas. Todo pasa por algo. Y todo nos concierne.

josé Luis menéndez

EL AMOR VENCE AL ODIO



josé Luis menéndez
y textos sobre batallas culturales

ediciones  del Sol

ISBN 978-987-27817-2-9



9 789872 781729